

LOS CUSTODIOS DE LA VIRGEN

(LOS PRIVILEGIADOS DEL AZAR II)

A VECES SIENTO OLORES
QUE SABEN A INFANTIL
MI CUERPO SE ESTREMECE
¿SERÁ QUE FUE FELIZ?

Tiempos Imperfectos (Los Hechos), Tiempos Perfectos (La Inspiración)

La primera vez que oí hablar de los Escritos de la Virgen fue en 1980. Yo apenas tenía dieciséis años. Un popular y entrañable personaje de la ciudad (al que me referiré como Evaristo), de esos cuya presencia hinchaba de vida las calles de Santa Cruz de La Palma, fue quien nos hizo el relato (a mí y a dos personas más).

La credibilidad de Evaristo, por supuesto, es dudosa. Nadie escucha el mensaje de individuos como Evaristo. Cuando Evaristo habla, la gente solo se fija en las formas, porque Evaristo entretiene; es un gran comunicador y un loco. Sus ocurrencias parecen surgir de una fábrica de disparates que se esconde, clandestina, en un profundo lugar de su mente al que no pueden acceder los inspectores. A Evaristo le compuse, años después, una canción que titulé “Tocado de la cabeza”.

Aquel día, sin embargo, osamos escucharle. Lo que decía estaba tan bien hilvanado que era imposible digerir que fuese producto de su invención. Quedamos impresionados. No recuerdo algunos detalles. Otros... preferí olvidarlos. Algunos me los reservo. Evaristo, curiosamente, no era un incondicional de la Virgen de las Nieves. Posiblemente, si alguien le había narrado a él aquella historia, no creía en ella.

Hace unos meses, en un ambiente totalmente distinto, un ambiente académico y universitario, volví a escuchar, por segunda vez en mi vida, que existe una arcana leyenda palmera según la cual, “la morenita”, llegó codificada a la isla, acompañada de una especie de instrucciones cuya ejecución asegura el amparo de La Señora sobre el pueblo palmero. No sé si ambas informaciones se refieren a lo mismo, pero, a partir de ahí, tomé la decisión de novelar la idea que transmitía el cuento de Evaristo.

Pretérito Anterior (año 1492): El desembarco

*En medio de un inmenso mar azul
Un salpicado de tierras sueltas
Y en la punta izquierda
Revienta el paraíso
En forma de “Ceda el paso”
Forastero, para en su regazo*

29 de septiembre del año 1492. Cantón de Aridane, Benahoare

Desde la cubierta de una de las seis naves que, con una quietud amenazante, se alineaban frente a la costa oeste de la isla Benahoare, Rodrigo, el joven ayudante de cocina que se había enrolado en Cádiz, temblaba al contemplar, con emoción y dificultad, el inminente desembarque de las enormes barcas. Aún no había amanecido, y solo el tenue reflejo lunar permitía percibir, a lo lejos, el armónico bamboleo que acercaba a tierra, metro a metro, a la expedición comandada por don Alonso Fernández de Lugo. La mar avanzaba suave hacia Tazacorte. Hoy era un día grande para el conquistador.

Las pulsaciones del muchacho se incrementaron cuando las luces de la playa hicieron un extraño efecto foco sobre las barcas. La luna se despedía para dejar paso a una iluminación más poderosa: la de la propia isla, cuya silueta fantasmagórica sobrecogía el corazón de Rodrigo. Desde la llegada de los seis navíos, hacía apenas unas horas, la playa de Tazacorte amenazaba iluminada por una ingente cantidad de antorchas. Los nativos estaban esperándoles, no cabía duda. Rodrigo había oído decir que, en alguna expedición anterior, una de las esclavas personales de Alonso Fernández de Lugo, una tal Gazmira, natural del cantón de Aridane, había contactado previamente con los awaras para explicarles las condiciones de los castellanos. Una rendición pactada, con el menor derramamiento de sangre posible, era la única situación que podía beneficiar a todas las partes. Gazmira estaba ahora, de nuevo, desembarcando en Aridane junto a Fernández de Lugo.

Rodrigo empezó a tiritar. Era una mezcla de frío y de incertidumbre. Aquellos salvajes pobladores de la isla tenían fama de ser muy belicosos. Al parecer, a diferencia del resto de islas del archipiélago, cada cantón tenía su propio líder, pero no existía ninguna estructura de poder por encima de los doce territorios. Esto podría complicar la conquista, pues convencerlos a todos no sería fácil. ¿Aceptarían el pacto los awaras o estarían esperando, a plena luz de las antorchas, para defenderse?

Cuando los castellanos comenzaron a bajarse de las barcas, empezaban a despuntar los primeros rayos de sol y las antorchas fueron apagándose. Todas menos dos; las dos que flanqueaban a la Virgen.

Fue entonces cuando comenzó el lamento aterrador. Rodrigo escuchó, desde el propio barco, la letanía: los extraños e incomprensibles cánticos de invocación, devoción y súplica a la patrona benahoarita.

**

Sus odiados ropajes europeos, que le habían sido proporcionados e impuestos por los conquistadores, tenían impregnado el penetrante olor a salitre, olor que solía

intensificarse al amanecer; por lo menos eso le parecía a ella. Alonso Fernández de Lugo, su amo, no se despegaba de su lado. Daba la impresión de que el Capitán General (título otorgado por los Reyes Católicos) tenía miedo; su rostro era fácil de interpretar. Solo el hecho de mantenerse cosido a una awara podría garantizar su seguridad. Ella, Gazmira, le había prometido que los aborígenes de la isla ofrecerían poca resistencia. Al menos tenía pactada la colaboración de Mayantigo, Chedey, Tamanca, Echentive y Azuquahe, los señores de las zonas más cercanas al lugar de desembarco. Precisamente la aseveración de Francisca de Gazmira (bautizada así por el rito católico tras su apresamiento) fue determinante a la hora de decidir invadir Benahoare desde el oeste.

Pero Fernández de Lugo, un hombre con un olfato de guerra muy desarrollado, no se fiaba de su sierva. Cabía la posibilidad de que aquellos salvajes les tendieran una emboscada. En tal caso tendrían que acabar con ellos, sin piedad, y él mismo se ocuparía de darle a Gazmira una muerte lenta y dolorosa. De momento no pensaba moverse de su lado, por si acaso.

El conquistador se dio cuenta de que algo no iba bien. Nada más bajar de los botes observaron a varias decenas de nativos esperando en la playa, alineados, portando unas rudimentarias lanzas en sus manos. Hasta ahí, todo normal, la actitud de los awaras no era necesariamente hostil; tampoco podría afirmarse que fuese cordial. Era solo un ritual. Un ritual de tensa espera para luego rendirse, negociar o atacar, y solo las obtusas mentes de aquellos primitivos conocían la solución de esta ecuación. Para ocultar aún más sus intenciones, los rostros nativos eran inescrutables. Sus ojos se clavaban en los visitantes sin ningún pudor. No transmitían odio ni hospitalidad; tal vez un poco de orgullo. Parecían estarles esperando con una extraña sangre fría.

No. No fue la actitud de los awaras. A pesar de la sobrecogedora tranquilidad que transmitían, fue la actitud de Gazmira la que lo desconcertó. Al principio, la nativa conversa se dirigió hacia el grupo con paso firme, pero, de repente, se frenó en seco y miró con preocupación y desconcierto hacia una figura que reposaba sobre una piedra, tras los aborígenes, custodiada por dos antorchas encendidas (una a cada lado) y por dos salvajes extrañamente cubiertos con unas pieles oscuras. En una zona de sus vestidos destacaba una especie de cruz, con un tono mucho más oscuro aún, tirando a negruzco.

La indumentaria general del grupo era muy simple. Apenas una pequeña prenda les cubría los órganos sexuales. Solo dos o tres, que Alonso Fernández de Lugo identificó como los señores de los cantones, se cubrían con un manto de piel de cabra en colores crema. Sin embargo, los dos salvajes que casi permanecían ocultos detrás del gran grupo, ni llevaban lanzas ni se cubrían con un simple taparrabos. Tenían ropa, como los jefes (aunque en otro color), pero no parecían jefes. No al menos el tipo de jefes guerreros. No llevaban arma, no estaban en primera línea. Parecía que su labor se limitaba a proteger la extraña y diminuta figura de medio metro de altura.

Gazmira era incapaz de asumirlo, pues la madrugada de San Miguel, en la playa, solo debería oler a mar y a pacto; nunca a tea quemada. La visible torpeza de sus vecinos iba a echar todo a perder. Ella no tenía mucho margen de maniobra. Más bien ninguno. Era esclava personal del capitán, lo cual le daba algún privilegios frente a otros esclavos, aunque, a cambio, pagaba un alto precio al verse sometida a todo tipo de vejaciones sexuales por parte de aquel pervertido aberrante. Para seguir viva y matizar un poco esas

vejaciones, sabía lo que le convenía: negociar. Pero la finalidad última del pueblo isleño tenía que ser, por encima de cualquier otra consideración, la protección de La Señora.

“¿Qué hace ella aquí? ¿Por qué la habéis traído desde Tedote? ¡Torpes! ¿Queréis que estos salvajes castellanos se la apropien o la destruyan? ¿Cómo es posible que, en vez de esconderla, la exhibáis?”

La mujer trató de recomponerse como pudo. Aunque no entendía nada de aquel desatino, el mal estaba hecho. Ahora tocaba rezar para que el desastre no se materializase. Se dirigió a Mayantigo, que gobernaba el cantón de Aridane, donde se encontraban, y le hizo un enérgico gesto con la mano a la vez que señalaba a Alonso Fernández de Lugo. En una clara actitud de rendición, sometimiento o pacto (nunca se supo lo que pasaba por la cabeza del líder awara), Mayantigo estiró su brazo derecho y entregó su lanza al conquistador. Este la recogió y se la dio a uno de sus hombres. El resto de jefes nativos allí presentes, Chedey (cantón de Tihuya), Echentive (quien gobernaba, junto a su hermano Azuquahe, el cantón de Ahenguareme) y Tamanca (cantón de Tamanca), hicieron lo propio con sus armas.

Fernández de Lugo se frotó las manos. La rendición de los jefes aborígenes, sin tener que recurrir a la fuerza, era todo un logro. Hacía unos años que Guillén Peraza y sus hombres habían muerto en Benahoare, hecho que reflejaba el carácter guerrero de los awaras. El triunfo de hoy tenía un nombre propio: Gazmira. La sumisa esclava había demostrado grandes dotes para negociar. Lejos de la desconfianza inicial, el conquistador decidió, magnánimo, que Francisca de Gazmira tendría una mayor consideración social a partir de aquel instante.

Los hombres de Fernández de Lugo esperaban su botín. Se les había prometido una matanza, una masacre del aborígen palmero que satisficiera sus primitivos instintos cazadores. Esperaban la orden del capitán para matar a los hombres y violar a sus mujeres (las cuales no se habían acercado a la playa).

El conquistador los miró. Parecía dudar. Si acababa con los benahoaritas tendría que hacer lo propio con Gazmira, pues ella sería testigo de la ruptura del pacto. El acuerdo inicial consistía en una convivencia pacífica entre castellanos y aborígenes, siempre y cuando estos aceptaran la obediencia al conquistador y la introducción del cristianismo en sus vidas. Esa era la voluntad de los Reyes Católicos. Matar al indígena implicaría mentir, pues tendría que acusar al awara de mostrar resistencia. Era muy arriesgado, pues cualquiera de sus hombres (no solo Gazmira) podría declarar en su contra ante los Reyes Católicos.

Pero, antes de que el conquistador tomara una decisión en firme sobre la actitud a seguir, el habitante insular se le adelantó y, en ese momento, Fernández de Lugo sintió miedo. El awara confiaba en su propia superioridad. La supuesta rendición no lo era tanto. El indígena lo consideraba un pacto, y... ¡estaba dispuesto a imponer condiciones! Al menos una condición. La Virgen.

**

Rodrigo, desde el barco, mantenía la esperanza en la conquista pacífica, pues, aunque la distancia física entre los castellanos y los awaras, frente a frente, recomendaba prudencia, habían pasado varios minutos y la batalla no había comenzado. El paso del tiempo era buena señal. Una señal definitiva.

**

La explosión energética que, en cuestión de segundos, se apoderó del corazón y del cerebro del capitán, le vino de donde menos esperaba. Detrás de los guerreros aborígenes, donde habitualmente se esconden las mujeres, niños y ancianos para conseguir la protección de sus hombres, estaba el epicentro. Los dos hombres ancianos que custodiaban la figura, junto a las antorchas, se acercaron pausadamente, abriéndose paso entre los hombres de Mayantigo.

Fernández de Lugo no entendía nada. Dos jefes de tribu jamás se quedan detrás de sus hombres. De hecho, él acababa de recibir la rendición de los jefes de tribu. Los ancianos parecían, más bien, unos sabios; algo así como la voz de la experiencia. Quizá por eso eran respetados. La señal de respeto era evidente desde el principio, desde el desembarco: ellos dos eran los únicos que, a diferencia de los jefes, llevaban unas pieles cubriendo su cuerpo.

Uno de los hombres, el más decidido, se acercó irrespetuosamente al conquistador invadiendo su intimidad, su espacio personal. Era muy alto, mucho más que el capitán. Cara a cara, el awara lo miró con una dureza descarnada, amenazante. Sus ojos echaban fuego y odio. La cruz negruzca que resaltaba en sus pieles también hería, como si tuviese vida. Alonso Fernández de Lugo se sintió bloqueado y ridículo. Lo menos que se esperaba, tras la bajada de pantalones de Mayantigo, Chedey, Echentive y Tamanca, era que lo insultaran de esta manera. En condiciones normales hubiera atravesado con su espada a un rebelde como aquel, pero la contundencia en la mirada del viejo, reforzada por su edad y unida a lo inesperado del acto, amén de la hipnótica cruz, le frenaron. Miró a Gazmira, pero parecía tan sorprendida como él.

La pequeña cruz negra, a pesar de su reducido tamaño, se hizo con el control escénico. Alonso se sintió sometido al poder de un Dios que parecía bendecir a Benahoare.

Sin dejar de amenazarlo (con los ojos), el anciano levantó la mano derecha y, sin girarse, apuntó con el dedo índice hacia la figura que reposaba en la piedra, resguardada por dos fuegos. Mientras lo hacía, Fernández de Lugo experimentó una serie de sensaciones y de peligros que iban a ser decisivos en la conquista. Sensaciones y peligros que, entre otras cosas, desterraron de su cabeza, definitivamente, la idea de una masacre, pues esta no sería una postura inteligente ni sería tan fácil como habían sugerido, unos minutos antes, los actos de entrega de armas por parte de los jefes. La supuesta sumisión no era más que una emboscada psicológica.

Los hechos que amurallaron las casillas mentales del castellano se materializaron en unos pocos segundos. En primer lugar, se percató de que la imagen era la de una Virgen morena, muy parecida a otra que habían encontrado en las costas de Agaete unos años antes. Esa Virgen, sin duda, era el canal usado por el dios awara para bendecir a la, hasta ahora, inexpugnable isla. En segundo lugar, cuando el dedo del anciano apuntó a la morenita, todos los aborígenes, incluidos los jefes y la propia Gazmira, se arrodillaron y se pusieron a cantar en un idioma incomprensible para los atónitos visitantes. Sus cánticos iban acompañados de rítmicas genuflexiones.

Fernández de Lugo quedó boquiabierto. Daba por hecho que se encontraría con un pueblo sin evangelizar. Sabía que adoraban a las fuerzas de la naturaleza, pero no a la imagen de una Virgen. Ni siquiera Gazmira le había hablado de esto. En medio de su

desconcierto volvió a darse cuenta de que el viejo sabio lo seguía acribillando y retando con la mirada. Sin bajar los ojos, el anciano cogió un palo que le tendió su acompañante e hizo con él un preciso dibujo en la arena. El Capitán General, tenso, sudoroso e incapaz de reconducir la situación, no se atrevía a escapar de la inyección magnética que irradiaban los arrasadores ojos. Solo cuando el sabio bajó la vista, él hizo lo propio.

Una ermita. Era lo que había trazado con el palo, sin mirar, el salvaje. Le parecía increíble la habilidad y la destreza para hacer un dibujo tan perfecto al tiempo que lo amedrentaba a él. Para reafirmarse, el anciano señaló el dibujo y, acto seguido, señaló al pueblo.

Alonso no necesitaba a Gazmira como intérprete. No hacían falta palabras, estaba claro. Ya sabía quién era el viejo: el negociador.

—¿Ha visto eso, capitán? —preguntó uno de sus hombres de confianza, señalando a la masa de nativos reverenciando a la Virgen.

—Sí. He visto el poder de la Virgen. He visto el poder de este pueblo. Si le tocas a la Virgen, morderán. Si respetas a la Virgen, te dejarán convivir en paz.

Gazmira, aún aturdida, fue entendiendo poco a poco el inteligente plan. Esconder a la Virgen significaría ganar tiempo, retrasar el problema unos años, pero, tarde o temprano, se harían con ella. Mostrar sumisión absoluta a estos bárbaros castellanos hubiera constituido un suicidio colectivo. Los sabios custodios habían sido muy hábiles utilizando a la Virgen como arma, como amenaza. Aquella mañana de San Miguel, tal vez, los custodios habían salvado a los awaras, a la isla y, por encima de todo, a La Señora de Benahoare.

Alonso bajó la cabeza en señal de asentimiento. El pacto, ahora sí, se materializaba como algo firme entre ambas partes. El anciano y su acompañante no solo eran negociadores. A partir de ahora se convertían en mediadores, entre ellos y los jefes de los cantones, para facilitarles el asentamiento. A cambio, el Capitán General se comprometía a construir un templo para La Señora.

Tras acercarse a la dama benahoarita para santiguarse ante ella, Alonso la observó desde todos los ángulos. En su espalda tenía grabada una misteriosa inscripción: ASYETA.

Pretérito Pluscuamperfecto (año 1493): La Rendición

*Ley del 'mencey' llamado Tanausú
En el paraje más escondido
Reina en un santuario
La dama del granizo
Ensortijada de flores*

Forastero, ruega que no llore

Año 1493. Cantón de Aceró, Benahoare

Las noticias del mensajero no le cogieron por sorpresa, pues, al fin y al cabo, solo era cuestión de tiempo. Él, Tanausú, el más temido y admirado de todos los jefes benahoaritas, sabía cuál era su destino y lo aceptaba. Según los sabios custodios, los escritos de La Señora marcaban dicho destino. Los custodios eran los únicos capaces de entender algunas cosas de las escrituras marianas. Cada vez que la isla se había visto sorprendida por una incursión extranjera, mientras los guerreros de los diferentes cantones daban buena cuenta del invasor hasta hacerlo huir, los ancianos de la Virgen ponían todo su empeño en aprender algunas palabras e interpretar algunos grafos que, en el plano cultural, aportaba el enemigo.

La Señora de Benahoare dominaba envuelta en un mar de secretos, y esos secretos estaban recogidos en los sagrados escritos que la acompañaban, escritos preñados de misterio y sabiduría. Aunque los sabios eran incapaces de comprender en su totalidad lo recogido en ellos, sí que habían concluido una certeza sobre el futuro: la existencia de un mártir y de un traidor.

Tanausú era el mártir, estaba predestinado para ello. Este era el momento histórico que la Virgen había elegido. Asesorado por los sabios, el panorama estratégico era nítido para él, quizá por ser el rey benahoarita más inteligente de cuantos gobernaban en la isla. Esa estrategia, oculta y ajena al conocimiento de otros jefes para que no metieran la pata en sus actuaciones, se basaba en la teoría del desgaste. Tanausú estaba convencido de que podría hacer retroceder a Alonso Fernández de Lugo y sus hombres, pero, cuando transcurrieran unos años, volverían otros, y otros... Como en el pasado. Los guerreros foráneos eran cada vez más numerosos y sus armas más peligrosas. Así que, tarde o temprano, acabarían exterminando a los habitantes de la isla por puro desgaste.

La supervivencia de la raza tenía una razón de ser por encima de otra consideración: La Señora. No se podía concebir Benahoare sin su Virgen ni podría concebirse a la dama sin los awaras.

Sí, podrían acabar con los castellanos, pero estos volverían con más hombres, más armas y más odio. Este era el momento idóneo. Había que aprovechar el oportuno papel de Gazmira para garantizar una convivencia pacífica. No tenían miedo, podrían luchar hasta morir y, sin embargo, habían elegido someterse al invasor. ¿Por qué? Porque ese repugnante sacrificio iba aparejado a la recompensa eterna: salvar a la Virgen de las sucias manos del propio invasor.

Quedaba un detalle. No podían ponérselo fácil al capitán castellano. Era indispensable meterle miedo en el cuerpo, dejarle claro que no le temían y que, si cumplía su parte del trato, ellos respetarían la paz y la convivencia. Así lo había acordado Tanausú con los custodios. El primer paso lo habían dado los ancianos. Habían exigido a Fernández de Lugo la construcción de la ermita para La Señora. La ermita era solo una excusa, una escenificación para reforzar el acuerdo entre las partes. Era, además, algo que, en principio, tendría que agradar a los conquistadores, pues los pobladores isleños tenían noticias de la afición castellana por evangelizar y por construir iglesias. La finalidad, en definitiva, no era tanto que se levantara la ermita, sino asegurarse de que Alonso

respetaría la propiedad awara de la Virgen. La Señora se quedaría con ellos y no sería destruida ni robada. Fernández de Lugo tenía ahora claro que la Virgen era lo único innegociable; sobre ella se sustentaba la estabilidad.

La escena de Tazacorte, sin embargo, no era suficiente. El pacto necesitaba mayor contundencia, pues fiarse de que el capitán no les traicionase algún día era demasiado arriesgado. Se hacía imprescindible un segundo golpe de efecto, algo que controlase el plano psicológico del aborigen y del conquistador; una barrera insalvable que generase odio y recelo hacia el invasor, por la parte vencida, así como temor y respeto hacia el awara, por la parte dominadora. Un telón de acero era la pantalla que los custodios y el propio Tanausú habían diseñado para fortalecer a La Señora. Esa contundencia la proporcionaría él; el mártir.

Mientras se lavaba la cara en uno de los riachuelos de Taburiente, recibió las novedades del emisario. Al parecer, la débil oposición de los hermanos Jariguo y Garaehagua había sido aplastada por los invasores. Tanausú sabía que esto iba a ocurrir. El cantón de Tigelate no era estratégicamente fácil de defender. Garaehagua y su hermano eran unos opositores convencidos; su lucha no tenía nada que ver con la estrategia de Tanausú. Preferían morir antes que entregar su poder. Si bien sabían que La Señora estaba por encima de cualquier consideración, su inteligencia no llegaba a comprender lo que los sabios intentaban hacerles entender a todos los líderes.

Tanausú sonrió. Aunque no fuesen planificadas, oposiciones y batallas como la del cantón de Tigelate eran buenas para la estrategia. “*Hola, invasor, te acepto, pero no te lo voy a poner fácil*”. Eso sí, faltaba la traca final. Tanausú se miró en las aguas del riachuelo. Podría cortarle el cuello al Capitán General castellano, sin duda, pero tenía que tragarse sus deseos instintivos. Al contrario, iba a convertirse en la peor pesadilla de Alonso Fernández de Lugo y, luego, cuando el odio del invasor alcanzase la cota superior, se dejarían engañar y capturar por él para recibir muerte. Así transmitiría valentía y respeto. A partir de ese instante, los awaras no volverían a confiar en los castellanos. A partir de ese instante, los castellanos percibirían el odio awara y respetarían a su Virgen. El mártir. El telón de acero.

Pretérito Imperfecto (año 1649): La Interpretación

*Forman un club que los proteja
Como ganado de pata negra
Uno a uno, con la misma tijera
Son filtrados según su pureza
Bienaventurados los que entran
En la enorme macrosecta*

25 de noviembre del año 1649. Santa Cruz de La Palma

Belmaco sopló una de las velas, la que se extinguía tras haber completado su minguante recorrido. La sacó del portavelas y se dio la vuelta para dirigirse al cajón del armario a por otra, pero Airam ya se le había adelantado y le tendió el recambio.

Hablaban en voz baja. Eran las cinco de la mañana y no querían delatar su presencia allí, en la sacristía de la Iglesia de El Salvador, donde custodiaban los escritos sagrados de la Virgen.

El padre de Belmaco, el sacristán, había pasado, casi del todo, el relevo sucesorio a su hijo, quien, junto a otros miembros comprometidos en la causa (como Airam y su padre), había jurado dar la vida por La Señora si las circunstancias lo requiriesen. El padre de Airam, por el contrario, aún no tenía la confianza suficiente en su hijo como para retirarse y dejarle el peso hereditario, por lo que ambos estaban metidos de lleno en el compromiso. En estas transiciones generacionales, los dos, padre e hijo, seguían contando como un solo miembro a efectos de conjunto. En total, los custodios tenían que ser veinticuatro. Ese número requisitorio era una de las pocas cosas que los antepasados habían logrado interpretar de las escrituras de La Señora de las Nieves.

—Tenemos problemas. Y muy serios —comunicó Airam.

—¿Lo han hecho? ¿Han entrado?

—Sí. Esos frailes se piensan que el santuario es suyo. Su codicia no tiene límite, Belmaco. Se han establecido por la fuerza. O los echamos o tendremos que sacar a la Virgen. Su custodia y su seguridad corre peligro.

Belmaco le dio una palmadita de ánimo en el hombro. También él estaba preocupado. Los dominicos ya lo habían intentado antes. Finalmente habían entrado en la medianoche para fundar su convento en el templo de La Señora. Era una amenaza histórica más.

Cuando Tanausú fue traicionado por Fernández de Lugo, los custodios de la Virgen sabían que habían ganado la batalla en el terreno estratégico. Al principio, lejos de la pretensión de convertir al jefe de Taburiente en mártir cuando Alonso le diera muerte, las cosas se habían torcido un poco, ya que el Capitán General prefirió, quizá por miedo al pueblo nativo, capturarlo vivo y enviarlo a Castilla como regalo a los Reyes Católicos. Tanausú, sin embargo, sabía que tenía que morir para completar el plan y conseguir, así, que el pueblo awara viviese enseñando siempre las uñas a los conquistadores. Por eso se dejó morir de hambre durante el trayecto hacia Castilla.

A pesar de que las cosas habían salido según lo previsto, el camino no fue fácil y se tuvieron que tomar decisiones drásticas. Durante el siglo XVI los custodios estudiaron y analizaron el comportamiento de la población, así como sus reacciones, respecto a La Señora. Ese estudio era prioritario para llevar a cabo, dado el caso, labores de anticipación. A medida que pasaban los años fueron detectando (y anotando) dos tipos de comportamiento que suponían una seria amenaza a la hora de garantizar la estabilidad de la Virgen.

Por una parte percibieron unos celos cada vez mayores en la población nativa. Los benahoaritas y sus descendientes entendían que La Señora era de todos ellos. Así era, por supuesto, pero los hijos y nietos awaras recelaban de los custodios, pues les parecía que estos se arrogaban la propiedad. El punto de vista de los guardianes no era ese. Ellos no se arrogaban la propiedad de la Virgen; solo su custodia.

Por otro lado, los custodios detectaron veladas intenciones, por parte de los descendientes de los conquistadores castellanos, para llevarse a La Señora de la isla. Al principio era algo sutil; luego, cada vez parecía más nítida la idea. Así que había que hacer algo. La anticipación.

Los abuelos de jóvenes como Airam o Belmaco, gracias a su sabiduría, tuvieron una idea brillante: entregar la Virgen a todo el pueblo palmero. A todo. Hacer que nativos y castellanos la sintiesen como parte suya y de sus vidas. Así, los primeros la defenderían con uñas y dientes, y la Virgen estaría más protegida (“fortalecer la defensa”). A su vez, los colonizadores también sentirían que la Virgen era suya y no desearían que se fuera, pues ellos vivían allí, eran palmeros, y La Señora pertenecía a todos los palmeros (“debilitar el ataque”).

El precio a pagar era muy alto, pero innegociable: el desapego. Solo si los custodios “entregaban” la imagen a los ciudadanos, la salvarían. Como consecuencia, la custodia aparente pasó a manos del clero y de las autoridades locales. Los auténticos custodios se esforzaron en ir pasando cada vez más desapercibidos pero, eso sí, sin olvidar su misión: aunque fuera “en el exilio”, ellos eran los verdaderos protectores de la Virgen. Por eso decidieron infiltrarse entre los políticos, sacerdotes, sacristanes, monaguillos, cuidadores...

Ahora, a mediados del siglo XVII, nadie en La Palma (ni en ningún otro lugar) sabía de la existencia de un grupo de custodios, salvo los propios custodios. El problema radicaba en que era muy difícil estar cerca de la Virgen si ocultabas tu misión. Episodios como el de los dominicos así lo atestiguaban. ¿Con qué autoridad podrían reclamar la entrega de La Señora? Solo el pueblo podía hacerlo.

—No te preocupes mucho, Airam, ya pensaremos en eso.

Los nombres que usaban comúnmente no eran “Belmaco” ni “Airam”. Sus nombres católicos eran Fernando y Alberto. El apelativo awara era un secreto en el ámbito del grupo que protegía a La Señora. Belmaco había pasado tres largos años trabajando de grumete en un barco pirata inglés que solía frecuentar las aguas de las Azores y de Canarias. Para conseguirlo, el joven se había hecho pasar por sordomudo con el fin de ocultar su nacionalidad, estado que fue capaz de mantener durante los tres larguísimos años. Tan solo habían transcurrido unos días desde su regreso. Era un privilegiado, aunque nadie lo sabía aún. Se había convertido en el primero en dar un paso histórico en la misión. Venía con conocimientos de inglés, para eso se había enrolado. Hasta ahora, toda la sabiduría awara se había basado en la observación y en la inteligencia. Pero Belmaco traía las herramientas para descifrar, por fin, los sagrados escritos. Y así se lo hizo saber a su amigo.

—Escucha, tengo algunas claves. Ya puedo leer las escrituras.

—¿De verdad? —preguntó Airam, esperanzado y con el corazón acelerado.

—No es que lo entienda todo, pero, al menos, puedo leerlo. Nuestros viejos no se equivocaban. Se habla de un mártir y de un traidor... Un enviado de Satán. Y del número veinticuatro. Hay que proteger a la Virgen del traidor, Airam.

—¿Los dominicos?

—No lo creo. Un traidor es alguien que traiciona una promesa o un secreto —sentenció Belmaco.

—¿Qué ponen esos escritos, Belmaco? —preguntó Airam con avidez.

—Pues... Quizá lo más importante sea una petición. Tenemos que lograr, de alguna manera, traer a la Virgen en procesión desde el santuario hasta esta parroquia... una vez cada cinco años.

—¿Eso dicen los escritos?

—Sí. ¿Recuerdas que, cuando éramos pequeños, en los años treinta, se trajo a la Virgen varias veces para acabar con la sequía? Creo que nuestros padres ya intuían algo relacionado con la petición. Tal vez nuestros predecesores interpretaron algunas palabras más.

—También trajimos a la Virgen hace tres años, Belmaco.

—Sí, claro, por el tema del volcán Martín. Por eso mismo digo que... Espera.

Belmaco descendió al sótano de la sacristía y su amigo le siguió. Allí se encontraba la caja de madera donde se guardaban las escrituras de la Virgen. Cogió la llave que llevaba en el bolsillo de sus pantalones y extrajo los papeles.

—Traduzco lo que creo que pone. “Desde que entendáis estas palabras y comenzando antes de los siete lustros, Su Señora de las Nieves bajará de su sitio hasta la iglesia principal de la ciudad y luego retornará el día de la aparición, en años de cinco en cinco, cinco veces. Desde el primer año que anuncie el primer cambio de siglo bajará pura para ver a su pueblo cada siete veces para evitar maldición”.

—¿Qué quiere decir eso, Belmaco? ¿A qué maldición se refiere?

—No estoy seguro de nada. Parece un trabalenguas. De hecho, es posible que la traducción no sea correcta del todo. Verás, en otro pasaje se habla más específicamente de la maldición, aunque no lo entiendo mucho. Lo único que sé es que se nos pide una bajada de la Virgen cada cinco años. Voy a intentar traducir el texto completo para que todos lo podamos leer e interpretar. Pero ya te digo que mis conocimientos del inglés no son todo lo bueno que me gustaría. Además, las escrituras están en inglés antiguo, por lo que resulta más difícil aún. Por cierto, hay otra cosa..., algo que hemos hecho bien a pesar de lo que está ocurriendo.

—¿De qué se trata, Belmaco?

—De escondernos, de... alejarnos de la Virgen.

—Pero... Si la hubiéramos protegido como es debido no tendríamos tantos problemas. Esos dominicos no se hubieran atrevido a... Me siento como si nosotros, los auténticos custodios, fuésemos unos intrusos. Nuestra manera de acercarnos a la Virgen roza el delito. A efectos legales no somos nadie, hemos entregado la custodia gratuitamente al pueblo —se quejó Airam.

—Era necesario, nuestros antepasados tomaron la decisión adecuada. De no haberlo hecho así, La Señora nos hubiera sido arrebatada a la fuerza. Además, Airam, no olvides que somos los custodios, no los propietarios. La Virgen de las Nieves es de Benahoare. Pero, además, los escritos lo avalan.

—¿Los escritos?

—Sí, escucha. “Os haréis pequeños para hacerla a Ella grande”. Esos brujos europeos eran unos visionarios, sin duda.

—¿Brujos europeos?

—Los irlandeses que la trajeron a Canarias. Bueno, Airam, lo importante ahora es organizar el traslado de la Virgen antes de que pasen treinta y cinco años.

—¿Antes de...?

—Aquí pone “comenzando antes de los siete lustros” a partir del momento en que sepamos interpretar los escritos. O sea, a partir de “ya”.

—Bien. Oye... Para traer a la Virgen..., primero tendremos que expulsar a los dominicos.

—Lo haremos, Airam, no lo dudes. Informemos a las autoridades eclesiásticas de esta tropelía. Ellos nos ayudarán. Luego buscaremos la manera de que el obispo ordene el traslado lustral de La Señora. Utilizaremos a nuestros infiltrados en la iglesia para convencerle. Las visitas anteriores de la Virgen a esta Parroquia nos ayudarán.

Pretérito Perfecto Simple (año 1676): El Ciclo

*Y los más iluminados
Brutalmente narcisistas
Ejecutan la razón
Desde la sacrosanta hipocresía*

Año 1676. Santa Cruz de La Palma

El obispo de origen sevillano, don Bartolomé García Ximénez, era incapaz de comprender la extraña petición. Sin embargo, la generosa hospitalidad de las autoridades palmeras (clero incluido) durante su segunda visita pastoral, cuando se había visto obligado a permanecer en la isla durante mucho tiempo, por su propia seguridad, ante la amenaza pirata en el mar, lo hacía sentir en deuda con los palmeros.

Cierto era que la Virgen de las Nieves había sido implorada y llevada a la parroquia principal en épocas de sequía (años treinta), de erupciones volcánicas (1646) o de plagas (plaga de langostas, 1659). El fervor profesado por los palmeros también se había visto reflejado cuando se unieron en la defensa de la imagen mariana, frente a los dominicos, hasta que lograron expulsarlos del santuario (diciembre de 1649).

Lo que Ximénez no entendía era la solicitud de los extraños ancianos, quienes, apoyados por el párroco de la ermita, le instaban a desplazar a la Virgen cada cinco años; no cuando hubiese una sequía o una plaga, no. Cada cinco años. Se trataba de una especie de “terapia preventiva frente al mal”, según le explicaron.

Finalmente, el prelado accedió y ordenó que la imagen de Nuestra Señora de las Nieves se trajese a la ciudad, a la iglesia parroquial, cada cinco años, comenzando el ciclo en 1680.

Condicional (año 2010): Los Privilegiados

*Cuando en su boca comestible
Glaseada de azúcar
Fantasea un trozo de turrón
Me nutrirá de coco y trufa
Aliñados con la pulpa de una fruta musical*

Viernes 3 de diciembre de 2010. Isla de Tenerife

09:45. Los Rodeos

Se percató de que la pequeña Susana, desconcertada, la miraba fijamente. La niña no era capaz de entender a qué se debía su extraña actitud, pues la paciencia era una de sus virtudes principales, no solo a nivel de comportamiento sino, incluso, como recomendación de modo de vida. ¿Cuántas veces le habría oído decir Susana, su hija, que ir por la vida sin paciencia era una pérdida de tiempo? La frase, de cosecha propia, se le antojaba muy buena por paradójica. Susana se lo había preguntado en varias ocasiones: si te mueves despacio, ¿no es cuando pierdes el tiempo? Inma le había insistido mil veces. Moverse despacio implica cometer menos errores, y así se avanza más aprisa.

La paradoja es una estrategia de choque. Cuando una niña de diez años escucha una paradoja, su curiosidad la impulsará a profundizar en la idea que encierra. Por eso, dado que Susana consideraba a su madre una fundamentalista de la paciencia, la situación le parecía de lo más irracional. ¡Tal vez mamá había enloquecido de repente!

—¡Te he dicho, muchacho, que necesito el coche ya! —profirió Inma casi a gritos.

El vuelo había despegado con más de media hora de retraso. En La Palma, a primera hora, Inma había salido cabreada de casa debido al repentino empeño de la niña en ir con ella a Tenerife. Tras insistirle en que no podía perder las clases, Susana se puso tan pesada que, finalmente, tuvo que claudicar. Como consecuencia de la negociación, salieron de Breña Alta, rumbo al aeropuerto de Mazo, con el tiempo más que justo. Fue durante ese trayecto en coche cuando Susana percibió el primer síntoma de ansiedad en su madre. Conducía muy deprisa, algo impropio en Inma. Casi al final de una recta, con poco margen para la maniobra, encaró un adelantamiento suicida. Cuando pudo rebasar al vehículo e iba a regresar a la derecha, por delante, ya estaba metida en plena curva y otro automóvil le venía de frente. Susana apretó los dientes con toda la fuerza que tenía. El volantazo que tuvo que pegar Inma, amplificado por los desesperados y protestones cláxones de las dos víctimas de su irresponsabilidad (sin contar a su hija), helaron el

corazón de la niña, quien, temblando, no abrió la boca durante el resto de trayecto..., ni en el avión..., ni en Los Rodeos; hasta este momento.

—¿Qué te pasa, mami?

—Pues... Tantas prisas esta mañana... Casi nos matamos porque llegábamos tarde. Total, ¿para qué? Para nada. Para que el vuelo saliera con retraso.

—El vuelo no tenía prisa, mamá. Hay que tener paciencia, ¿recuerdas? Siempre lo dices.

—Sí, pero este empleado de coches de alquiler está empeñado en hacerle un bautizo al coche antes de entregármelo —se quejó en alto para que el encargado la oyera.

—Solo ha dicho que lo están lavando y poniéndole gasolina. Tenemos todo el día por delante.

—Escucha, podemos coger el vuelo de esta noche, a última hora, pero tengo que surtirme de mercancía para la tienda antes de mediodía. Hoy sale todo al revés. A estas horas tendríamos que estar llegando a los almacenes. ¡Joder! ¿Va usted a tardar mucho, joven?

—¡Mamá...!

13:15. Universidad de La Laguna. Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales

—¿Qué hacemos en este edificio, mamá?

—Nada, más asuntos de trabajo —mintió.

El nerviosismo de Inma, aquello que la mantenía en tensión desde primera hora, era la posibilidad de que su plan fallara, bien fuera por la inoportuna compañía de Susana o por las adversas circunstancias que habían acortado la mañana. Al menos, la visita obligada al proveedor con quien se había citado, la pudo despachar rápido, lo que le permitió recuperar unos pocos minutos de los muchos que llevaba perdidos.

La entrada en la Facultad supuso el primer máximo relativo en la curva de sus niveles de ansiedad. ¿Habría llegado a tiempo para verlo? ¿Se habría ido ya? En el caso de que se hubiese marchado, la derrota sería demasiado dolorosa. Ella, en principio, no tenía que regresar a Tenerife durante unos meses. Ni tenía ni podía; su hija era muy absorbente. Además, se había hecho tantas ilusiones que no contemplaba la idea de no hacer realidad, hoy, su sueño. Volver a verlo. Aunque fuera un pequeño instante. Un soplo temporal. Se dirigió al personal auxiliar de la universidad y preguntó.

—Por favor, ¿saben si Isidro León ya se ha marchado?

Ella no sabía nada de Isidro. Hacía años que no lo veía, pero, justo antes de su divorcio y, sobre todo, a raíz de su amistad con Pablo, se había convencido de que aún lo amaba. Se trataba de un sentimiento que había estado dormido muchos años, pero Pablo lo había rescatado de su subconsciente para enfrentarla a él. La universidad era el único sitio donde, a partir de la poca información de que disponía, podía encontrarlo. Suponía que seguía casado con Marlene, aunque tampoco podría asegurarlo.

Su corazón mantuvo un acelerado ritmo de pulsaciones durante los segundos de espera por una respuesta.

—Creo que está dando su última clase. Espere y lo confirmo... ¿A ver? Sí. Aula “e-tres-dos”.

—Gracias —dijo ella mientras los latidos la llevaron a otro máximo relativo.

Había oído hablar de él, pero siempre creyó que se trataba de una leyenda urbana. Hasta que la leyenda la agredió. ¡El ascensor asesino! Hacía unas dos décadas, tras inaugurarse el edificio donde se encontraba, un simple ascensor se convirtió en protagonista por su modus operandi a la hora de agredir a sus víctimas: a traición, pillándolas desprevenidas. Se trataba de la puerta. La puerta del ascensor no obedecía a razones. No obedecía a la pulsación del botón de llamada, no obedecía a los intentos de frenarlo con el cuerpo, no obedecía a los gritos de asombro de los desconcertados usuarios. Simplemente, una vez tomada la decisión de cerrarse, se cerraba... y punto. Si te sorprendía en medio de la trayectoria, la puerta te arrastraba. De los seis ascensores del edificio, Inma eligió precisamente ese. Susana tuvo suerte, pero ella fue brutalmente embestida en el momento de cierre; mientras su dedo apretaba compulsivamente el botón para detenerla, la hambrienta puerta se desquitó con una nueva víctima, impactando contra el hombro de Inma y empujándola por inercia dentro de la cavidad. El ascensor asesino.

Ya en la tercera planta, desorientada por el dolor, tardó unos minutos para ubicarse correctamente y encontrar el pasillo que daba acceso a las aulas que comenzaban por la letra “e” de “Escuela Universitaria”, justo en la cara norte del edificio. En uno de los tabloncillos de anuncios, cerca del aula “e-tres-uno”, había una gran cantidad de carteles publicitarios bastante llamativos, llenos de colores y siluetas visualmente impactantes. Era el reclamo perfecto para entretener a Susana.

—Curioseas un poco —le dijo a la niña, haciendo un gesto hacia el tablón—. Tengo que buscar una clase.

Susana no entendía lo que le estaba pidiendo, pero prefería quedarse con los carteles antes que seguir caminando hacia ningún sitio concreto. Inma sonrió y se fue a por su presa.

Al llegar al aula “e-tres-dos” fue, de nuevo, sorprendida por la arritmia cardíaca. El mayor responsable era una ventanita rectangular, en la puerta, que parecía esperarla a ella para regalarle su propio sueño y destruir su independencia emocional. Turbada, se acercó, dando tropezones contra el propio suelo, y pegó los ojos al visor. Y allí, al fondo, pegado a la fría pared norte pero protegido por una cálida transparencia que le hacía de fondo de pantalla (la imagen de una curva campaniforme), estaba él. Vaqueros negros manchados de tiza, suéter azul y gafas de intelectual. Isidro León. A Inma se le ocurrió que este momento del día era el máximo absoluto. El dolor de su hombro desapareció para siempre, Isidro era un buen antídoto contra los daños generados por el ascensor asesino.

Su misión podría darla por terminada. No había planeado dar ningún otro paso en este viaje. Solo quería verlo, saber que estaba vivo, sentir cómo las emociones y los sentimientos de un pasado enterrado se la comían por dentro. Pero quizá la propia invasión de recuerdos la impulsó a arriesgar un poco más. Ahora quería conocer sus rutinas. Quería saber si Marlene seguía junto a él. Deseaba besarlo... Besarle con ardor. Quería escucharlo; se le ocurrió pegar la oreja a la puerta. Le oyó dialogar con sus alumnos.

— Ahora bien, ¿cómo sería, gráficamente, la distribución de frecuencias de vuestras edades?

—Pues... casi todos tenemos la misma edad.

—Vale, casi todos tenéis dieciocho, diecinueve o, incluso, veinte años. Alguno tendrá diecisiete; alguno, más de veinte. Pero mi pregunta es qué forma tendría la gráfica de esa distribución. Casi todos estaréis en el centro de la misma. Si la representamos, podréis observar en esta imagen que tiene una forma...

—... como de un pene apuntando hacia arriba.

—Yo no lo hubiera expresado así, pero es correcto, te lo concedo. Se trata de una distribución “más apuntada” que la distribución Normal. Es la distribución Leptocúrtica. Imaginad que esta gráfica tuviese vida, quiero decir, que pudiera tocarse y moldearse. Suponed que es un objeto flexible.

—¿Un pene flexible?

Inma retiró la oreja, sonriendo por el descaro del alumnado a la hora de bromear con su profesor. Era mérito de Isidro. Sin duda se había ganado la confianza y la cercanía a los estudiantes.

14:00. La Orotava

—¿A dónde vamos, mamá? —preguntó Susana, cada vez más preocupada por la extraña conducta de Inma.

—No lo sé... A comer, ya te lo he dicho.

—¿A comer? ¿Por qué conduces tanto? ¿Hay que ir tan lejos para comer? Hay muchos restaurantes en la isla.

—Precisamente. Estoy buscando alguno bueno... ¡Calla un momento! —ordenó a la vez que giraba bruscamente a la derecha, en plena persecución.

—¿Por qué sigues a ese coche, mamá?

—¿Seguir a un coche?

—Pues sí. Lleva todo el rato delante de nosotras. Él ha girado y tú también porque casi se te escapa.

Una oleada de sudor recorrió su espalda al sentirse ridículamente descubierta por Susana. Pero había tomado la decisión de averiguar cosas de Isidro y no estaba dispuesta a dejarlo escapar por muy lejos que viviera. Tras seguirlo desde la universidad, ahora tenía claro una cosa: Isidro vivía en La Orotava. Faltaba dar con su barrio y con su vivienda. El Toyota del profesor enfiló una calle de una sola dirección y, finalmente, entró en un garaje.

—¿Ves? ¿Por qué te detienes, mamá?

—No me detengo. Solo voy más despacio.

—¿Quién es ese? ¿Tienes que comprarle mercancía?

—No estoy segura. Mira, vamos a comer algo por aquí cerca y luego regresamos. Ya veremos quién es ese señor —susurró, dando a sus palabras un intencionado tono de misterio sin saber muy bien qué efecto podría causar eso sobre Susana.

18:15. Santa Cruz de Tenerife

Susana, tal vez para presionarla, no dejaba de mirar el reloj. Tenían que regresar pronto al aeropuerto si no querían perder el vuelo, pero Inma se había empeñado en alargar la tarde todo lo posible. Antes, cuando vigilaba la casa del profesor y soportaba los inacabables interrogatorios de su hija, se había sentido incómoda al considerar que su propia actitud era bastante infantil. O quizá neurótica. Luego, tal vez para compensar su lucha interior, concluyó que esa especie de remordimiento era más infantil aún que su actitud. Finalmente, al verlos salir, se estabilizó. Juntos. ¡Ella seguía con él! La ansiedad atacó de nuevo. Otro máximo relativo.

Tras una nueva persecución en coche hasta la capital insular (por suerte, Susana se durmió unos minutos y no se enteró), Marlene e Isidro habían entrado en un edificio. Inma había localizado una cafetería, con una amplia cristalera cerca de las mesas, desde la que tenía un privilegiado campo de visión que abarcaba el edificio donde estaban Marlene e Isidro.

Antes de entrar en el bar había curioseado por el portal que había engullido a su ex novio. Salvo que estuviesen en algún domicilio particular, la única posibilidad era la visita a un ginecólogo que pasaba consulta allí.

Susana era incapaz de comprender cómo su madre podía alargar tanto un café, pues ella ya se había tomado dos refrescos en aquel extraño lugar. Susana lo pensó mejor. Lo extraño no era el lugar. Lo extraño era la situación. Era su madre la que tenía un comportamiento muy raro. No dejaba de mirar a través de la ventana.

Por fin los vio salir. Sin pensárselo dos veces, Inma decidió que había llegado la hora de la verdad. ¿Cómo reaccionarían ellos al verla? Tiró bruscamente de la mano de Susana y, torpemente, dejó caer un billete de cinco euros sobre la mesa, saliendo a toda prisa.

—¿A qué viene esto ahora? ¿Por qué tanta prisa de repente?

—Calla. Podemos perder el vuelo. ¡Espera!

Justo al salir del bar, en la acera de enfrente pero a la misma altura, estaban Marlene e Isidro. Con el corazón bombeando como nunca, los miró. En ese instante, tal vez por una de esa especie de transmisiones energéticas a las que la ciencia aún no ha dado una explicación razonable, Isidro pareció recibir el mensaje codificado de un pasado pasional y desgarrador; y le devolvió la mirada.

—¡Este sí que es el puto máximo absoluto! —murmuró al darse cuenta de que ningún otro momento del día se había acercado a la intensidad del fugaz cruce de miradas.

Inma lo atravesó con los ojos y sonrió. Isidro, asediado por la inquietud, la vio, pero disimuló. Estaba segura. Sí, la había visto y la había reconocido, pero, inmediatamente, clavó la mirada en sus zapatos, como rogando a sus pasos que lo alejaran de allí, del peligro de un pasado que regresa.

El día le había cundido más de lo que había previsto. Sabía, por supuesto, que ella había marcado para siempre la vida del profesor. De hecho, curioseando por internet, había descubierto, casi casualmente, que Isidro guardaba su recuerdo como fondo musical en su corazón; al menos... en su página web. Allí se reencontró con una canción que le había compuesto y que llevaba su nombre: Inma. Inmortalizada en la red.

Inma
Roja espuma de chicle
Pirulís infantiles
Y palotes “de a diez”
Inma
Chupa-chups afrutado
Como un beso en los labios
Salpicado en “soufflé”

Pero el descubrimiento de otra melodía, una especie de arañazo de rencor y de dolor en el centro del alma del profesor, llamada Balada Anónima, logró arrancarle a ella, la noche del casual hallazgo, en Alemania, unas lágrimas y un sentimiento de culpa. Su marido, que se había acercado por detrás sigilosamente, la sorprendió escuchando la música y llorando. Cuando Inma le dio todo tipo de torpes excusas para justificarse se dio cuenta de que ya no lo quería; al menos... no tanto como a Isidro. Tras su pueril comportamiento inicial, decidió que no podría vivir engañando u ocultando sus verdaderos sentimientos a Theobald, su marido. Ya no tenía sentido seguir con Theobald. Había otra persona a la que amaba más. Y se separó.

Yo escapaba de algún desengaño
No sabía ni lo que buscaba
Pretenderla no fue un flechazo
Fue un capricho por una extraña.
No insistí, pues dudaba quererla
O tal vez fuera otra la causa:
Que el amor no funciona a la fuerza...
O lo hice para no agobiarla.
Con poesía le dije: “Te quiero”
Con dulzura me dio una patada
Por el tacto que tuvo al hacerlo
Yo le pago con esta balada.
La conocí en la ciudad de los sueños
Llevaba el sello de un cuento de hadas
Hace tanto tiempo de aquello
Que no recuerdo ni cómo se llama

Pablo, el psicólogo con el que había intimado, quien, en poco tiempo, pasó de ser su amigo a ser su terapeuta, fue decisivo para afianzar sus sospechas y rechazar sus inseguridades. Un psicólogo puede ser una buena ayuda a la hora de validar o no la objetividad de tus sentimientos. En este caso, Pablo se lo había dejado claro; Isidro era un capítulo inconcluso en la vida de Inma.

Un capítulo inconcluso es sinónimo de inestabilidad emocional. Los capítulos hay que rematarlos: o los cierras o los abres, cualquiera de las opciones es válida para darle continuidad a tu vida.

—¡Cómo me gustaría tener un hijo tuyo! —murmuró entre dientes mientras conducía el coche de alquiler en dirección al aeropuerto.

Domingo, 5 de diciembre de 2010. Santa Cruz de La Palma

Cuando lo oyó sonar por segunda vez miró el radio-despertador y alargó la mano para apagarlo. Se sentía muy cansado, mucho más que cualquier otro día a esas horas. Normalmente, su reloj biológico solía anticiparse a la puñetera, desagradable y antipática alarma que, cada mañana, amenazaba desde la mesilla de noche con alterar su reposo. Pero Pablo, como mecanismo de defensa, casi siempre salía airoso de su batalla personal contra el reloj, apagándolo antes de que lo importunase.

Aunque la cabeza estaba a punto de estallar, Pablo descubrió, en décimas de segundo, que la realidad estaba sufriendo una distorsión. Era como si la mañana se burlase de él, como si la rutina adquiriese vida propia y decidiese dejar de ser rutina, saltándose sus propias normas. Algo no cuadraba.

—¿Qué? —exclamó, sorprendido, mientras su cabeza protestaba y tiraba de él hacia la cama.

El despertador no sonaba a la hora de costumbre. ¡Eran las ocho y media! ¡Llegaría tarde al consultorio! ¿Cómo era posible? ¿Por qué estaba tan cansado?

La respuesta la tenía justo a su lado. Gracias al contacto de sus pies, descubrió a una joven de apenas unos veinte años (por tanto, unos diez años menos que él) durmiendo en su cama. El psicólogo se acercó para verle la cara justo cuando oyó el sonido por tercera vez.

—¿No te he apagado ya, maldito? —susurró, volviendo a mirar el despertador.

En menos de un segundo, Pablo colocó las piezas en sus huecos correspondientes. Primero, no conocía a la joven, aunque le sonaba la cara. Sabía que la había visto. De hecho, sentía que había practicado sexo con ella. Si ella estaba allí, hoy, solo podía significar una cosa: era domingo. Eso explicaría también el dolor de cabeza y el embotamiento. Probablemente llevaría durmiendo apenas dos horas. Segundo, el despertador no sonaba los domingos. Incluso aunque él lo hubiese activado por error, habría sonado a las ocho; no a las ocho y media. Luego, el ruido que seguía incordiando a intervalos regulares no procedía del reloj. Tercero, era necesario un esfuerzo para despejar un poco la cabeza e identificar el sonido.

—¡El puto móvil! ¡Joder!

Sus académicas y deductivas reflexiones le habían llevado a la conclusión correcta. Para algo había estudiado Psicología en la universidad. Aunque cabreado debido a la molestia que le estaba causando la fastidiosa llamada, Pablo no pudo esconder una sonrisa de satisfacción por la atinada aplicación de sus exquisitos conocimientos a la hora de resolver un enigma psicológico. Sí, Pablo era de los que disfrutaba dando respuestas terapéuticas a sus pacientes, y más aún cuando su paciente era él mismo.

—¿Diga?

—Hola, Pablo —respondió Inma.

—¿Inma? —preguntó, aturdido, e hizo una pausa para centrarse y volver al mundo—. ¿Eres tú? ¿Qué...? Son las ocho y media. ¡Y es domingo! ¿Ocurre algo? ¿Cómo es que estás despierta tan temprano?

—¡Lo he visto, Pablo! ¡He visto a Isidro!

—¡Pero...! Está bien, lo has visto. ¿Está en La Palma?

Inma, sentada en un sillón que tenía colocado estratégicamente junto a su teléfono fijo, se sintió incómoda. Pablo era su psicólogo y tendría miles de calderos al fuego, pero también era su amigo. De acuerdo que Isidro podría estar en La Palma, era una posibilidad. Ahora bien, esa no era la opción más probable.

—¿En La Palma, Pablo? ¿Acaso no hablamos hace cuatro días y te dije que el viernes iría a Tenerife?

—¡Oh! Es verdad, Inma, lo siento. Estoy... Estoy dormido... aún. Dijiste que intentarías ver a tu ex aunque solo fuera de lejos. Yo no pensé que te atrevieras a hacerlo, si quieres que te diga la verdad. Lo tomé como una de esas fantasías que, por miedo, nunca llegan a materializarse —provocó.

—¿Miedo? ¿Qué clase de psicólogo eres tú? Parece que no me conoces. ¡Inma no tiene límites! Si Inma se propone una... prenda..., simplemente se la enfunda.

—¡Ja, ja, ja...!

—Oye, estás con otro de tus ligues, ¿verdad? —se interesó Inma tras escuchar un improvisado crujir de colchón acompañado de un ligero carraspeo femenino.

—Ya sabes como soy. Un día tendré que intentarlo contigo.

—Sí, ya. Lo que pasa es que a ti te gustan doce años menores que tú, no doce años mayores.

—Bien, Inma, cuéntame. ¿Qué sentiste? Supongo que él no te vio a ti. ¿O sí?

—Lo que yo sentí no importa, Pablo. Aunque seas mi terapeuta, eres, además, un buen amigo. Jamás contaría una intimidad así a nadie, y menos a alguien que conozco. Los sentimientos no deben traducirse a palabras. Es lo único que tenemos en exclusiva, no hay que compartirlos.

—Sí, supongo que me habrás oído largar a mí algún rollo parecido. Si te desnudas del todo y entregas lo poco que te quede, estás expuesta a...

—Sería vulnerable, Pablo. Escucha y deja de darme charlas de psicología.

Pablo no se sorprendió. Conocía muy bien a Inma, la había estudiado en profundidad. Era capaz de dar giros de ciento ochenta grados creyendo que sus testigos no se darían cuenta del truco. Eso, pensaba él, podría funcionar con personas poco observadoras o conformistas, pero no con profesionales de la Psicología. Por supuesto que no se esforzó en corregirla; si lo hiciera sería un abuso de superioridad profesional y una grosería, pero lo cierto era que la supuesta “charla de psicología” la había introducido, en la conversación, su paciente, no él. Él aún estaba demasiado somnoliento como para ponerse a trabajar.

—Te escucho con atención.

—Siempre me has insistido en que Isidro es un capítulo no cerrado de mi vida. Pues yo no sé si los ejemplos que a veces me pones son sugerencias, Pablo, pero he decidido que me gustaría agarrarme a uno de ellos.

—¿Qué quieres decir?

—Aunque solo sea como fantasía. Al fin y al cabo, las fantasías te hacen feliz. Me gustaría tener un hijo de Isidro. Esa es la idea que tengo metida en mi cabeza y no sé si

voy... O si tú vas a ser capaz de extraerla. De hecho, no quiero extraérmela. Pero te llamo porque tampoco tengo muy claro si es sano tener esa... fantasía... dentro de mis objetivos.

—No sé qué decir, Inma. Quizá... Podría ser una solución, sí. Supongo que... Tener un hijo de Isidro implicaría tener algo suyo para siempre. Pero, para eso, tendrías que dar pasos muy grandes y estudiados. Si no vas con cuidado, todo se iría al traste.

—Entonces ¿te parece bien? ¡Eres un gran amigo!

—No sé si mejor amigo que psicólogo o al revés. No estoy seguro, Inma. Quiero que vengas a mi consulta el... ¡Vaya! No me acordaba de que tenemos un puente a la vista. El jueves, día nueve, te quiero ver y hablamos con calma. Si quieres tenderle una trampa a ese profesor para que te deje preñada habrá que diseñar una estrategia. Mientras llega el jueves iré pensando en ello.

—¡Te quiero Pablo! ¡Eres mi ídolo! Te voy a sugerir un regalo: échale un buen polvo a la chica que tienes al lado, pero hazlo pensando en mí todo el tiempo. Estoy convencida de que lo harás.

—Aprendes Psicología muy rápido, Inma.

—Tengo un buen maestro.

Jueves, 9 de diciembre de 2010. Santa Cruz de La Palma

La entrada a la pequeña consulta de la calle Álvarez de Abreu (la popularmente conocida como “Calle Trasera”) le generó la misma sensación de náusea que en otras ocasiones. El extraño olor a naftalina, que actuaba como tarjeta de bienvenida, era toda una incógnita para Inma, pero nunca se le había ocurrido despejarla, lo cual sería fácil; no tendría más que preguntar a Pablo sobre la naturaleza y la razón de ser del penetrante aroma. Claro que, cada vez que entraba a la consulta, Inma llevaba la cabeza cargada de tantos problemas personales que no estaba dispuesta a despistarse o dejarse entretener por el olor. Hasta hoy.

—¿Se puede saber a qué huele aquí dentro, Pablo?

—Sí, claro. Son aromas naturales. Creo que provienen de Pakistán. Me surto de ellos cada vez que voy a Madrid. Siempre compro la misma esencia. ¡Me encanta!

—Ya. Y ¿dónde la compras?

—Ya te lo he dicho, en Madrid. En un bazar chino.

—¿Chino? ¿Aroma de Pakistán? Joder, Pablo, si este aroma es natural deberían utilizarlo en los hospitales como sustituto del cloroformo. Cada vez que salgo de tu consulta estoy como atontada.

—Eso será porque aquí descargas toda la tensión, Inma. Lo cual dice mucho de mí como psicólogo.

—No sé por qué me fío de un psicólogo que se deja estafar por los chinos. Bien, aquí estoy otra vez. Mira, mi estado de nervios es incontrolable en este momento. Menos mal que cuento con tu apoyo en esto.

—¿Mi apoyo? ¿De qué hablas?

Ella se sacó la rebeca de punto y la colocó, con mucha precisión, en el respaldo de la silla. Las preguntas de Pablo, a veces, la exasperaban. Daba la impresión de que su amigo ni siquiera conocía su historial.

—¿Cómo que de qué hablo, Pablo? ¡De Isidro! ¿Por qué estoy aquí? ¿Para qué me has citado? ¡Vamos, dímelo tú, Pablo! ¿Sigues dormido, como el domingo?

—Te he citado para hablar de Isidro, Inma. Lo siento. Verás, no es fácil ser amigo de una paciente en el momento de una consulta. Nosotros dos tan pronto hablamos de asuntos profesionales como de temas intrascendentes o personales. Claro que sé que hablaremos de Isidro, pero no sé si todas y cada una de tus frases se refieren a Isidro.

—Eso es lo malo, Pablo. Estoy obsesionada. Cada frase mía se refiere a él.

—O a los olores —bromeó el terapeuta.

—Ya. Bien, me dijiste que me ayudarías a planificar la manera de engancharlo. Quiero... acostarme con él... y quedar embarazada.

—Sabes que no me gusta la expresión “acostarme con él”. No es precisa y, además, es cursi.

—Sí, Pablo, es cursi de cojones. Pero tú eres más cursi de cojones y hablo así para ti. Lo que yo quiero, en realidad, es follármelo, no sé si me entiendes —provocó.

—Vale con que digas “practicar sexo”.

—¡Vaya! ¿Eso no es cursi para ti? Venga, estoy ansiosa. Esa zorra de Marlene me...

—Tú le dejaste. No le echas la culpa a su mujer.

—No. La culpa es mía, lo sé. La zorra solo se aprovechó de mi mala cabeza. Pero no por eso deja de ser una zorra.

Pablo la invitó a café. A Inma le asustaban las pausas de Pablo. Siempre que daba rodeos, aunque solo fuera bajo pretexto de poner una cafetera al fuego, terminaba por decir algo que no le iba a gustar. Por eso rechazó la invitación, pero la conmutó por otra.

—Déjate de tonterías, que te conozco. Yo soy la que te invita a ti. Pero no a café sino a que desembuches rápido. Dime a qué conclusión has llegado durante el maldito puente de la Inmaculada Constitución.

—¿Inmaculada Const...? Por cierto, felicidades, Inma. Tendría que haberte llamado el lunes para...

—¡Vamos, Pablo! —apremió.

—Estas cosas así, a lo bruto, no son muy profesionales. Pero contigo puede ser efectivo, supongo. Ahí va. Quiero que te olvides de Isidro. Definitivamente.

Inma abrió los ojos todo lo que le permitieron sus párpados. Con ellos roció sobre el psicólogo toda la estupefacción que su expresión podía manejar.

—¿Qué?

—Sí, lo sé. Te parece extraño, Inma. El otro día me dejé llevar por nuestra amistad. No tendría que haberte dicho lo que te dije.

—Eres un jodido cabrón —pronunció con tranquilidad mientras se levantaba y cogía la rebeca.

—Vamos, Inma, vamos. Tú sabes perfectamente lo que te diría cualquier psicólogo que no tuviese implicación emocional contigo. Incluso... Incluso cualquier persona neutral con un poco de sentido común lo vería claro; aunque no sea psicólogo.

—¿Se puede saber...?

—Además, Marlene está embarazada. ¿Quieres tener un hijo sabiendo que Isidro va a tener uno con su mujer?

—¿Embarazada? —se frenó Inma, alerta—. ¿De qué hablas? ¿Cómo podrías saber eso tú, si no los conoces?

—Pues... No, yo... Lo supongo, eso es todo.

Inma no comprendía lo que Pablo le estaba contando. ¿Se lo estaba inventando para convencerla? Eso parecía. Luego barajó la posibilidad de un malentendido. Si ella le confesó, por teléfono, haber visto a Marlene e Isidro a la salida de la consulta de un ginecólogo, quizá Pablo interpretase un embarazo. Aunque sería mucho interpretar. Además, no recordaba haberle mencionado al psicólogo en qué circunstancias se había cruzado con Isidro. Solo había una explicación: un farol.

—Adiós, Pablo. Te puedes meter tu sentido común por donde mejor te parezca —amenazó desde la puerta.

—Tú misma lo cuestionaste por teléfono. No es sano seguir alimentando un amor del pasado. ¡Y menos desear un hijo suyo! ¡Es aberrante!

El final de la frase enlazó con el portazo. La madre de Susana decidió que había perdido el tiempo con Pablo. No iba a dejar de saludarlo, aunque quizá la amistad, a partir de ahora, se enfriase. Entendía su punto de vista. Pablo la veía como una trastornada, una... obsesiva. Era peligroso confiar en gente como Pablo, capaz de traicionarte por culpa de sus encorsetados parámetros encarcelados en un manual que aprendió durante la carrera. La vida es muy complicada. No existe un libro académico que sepa cómo funciona la mente de Inma y le dé soluciones. Además, un psicólogo no debería arrogarse el papel de psiquiatra.

Inma se veía sola dentro de su laberinto emocional. Mejor así. Hasta ahora, buscar ayuda solo le estaba generando más obstáculos en su camino para llegar al fin perseguido. Lo peor era que, ese fin, se lo había sugerido el propio Pablo cuando le habló de los “capítulos inconclusos”. Ahora, el psicólogo parecía arrepentirse.

—Soy yo la que va a concluir la historia de mi vida. Conseguiré mi propósito, Isidro. Puedes jurarlo.

Condiciona perfecto (enero de 2011): El Azar

Sabios de cartón van cayendo en el mantel

*Me marcaban el Edén junto a aquella mujer
Intenté tocar la flor llena de salvaje miel
Me abrirán su corazón los arcanos del tarot*

Miércoles, 5 de enero de 2011. Santa Cruz de La Palma

Posiblemente se debía a que las circunstancias eran diferentes a las de ocasiones anteriores. Hasta hoy, irrumpir en la consulta de Pablo siempre llevaba asociada una sensación de opresión e inquietud derivada de sus neuróticas obsesiones. Quizá por ser la primera vez que entraba totalmente relajada, sintiéndose, incluso, dominadora escénica, el horripilante olor a mortuorio que daba personalidad a la consulta de Pablo le pareció mucho más rebajado. Sin duda, las percepciones de la realidad eran una compleja función matemática que dependía, con una altísima correlación, de la variable “estado emocional”.

La tarde anterior, su amigo psicólogo la había telefonado para rogarle que se pasara por la consulta. Aunque no quiso adelantarle mucha información, Inma interpretó que Pablo pretendía pedirle disculpas por la decisión tomada hacía casi un mes. Ella, por supuesto, aunque molesta, entendía a Pablo y entendía aquella decisión; lo único que Pablo había hecho era anteponer su profesionalidad a su amistad.

Por teléfono le comentó, además, que le iba a dar una alegría. Quizá se tratara de bombones. A Inma le encantaban los bombones, y Pablo lo sabía. Lo único que ella no alcanzaba a comprender era por qué, para pedir disculpas y regalarle bombones, la citaba en la consulta. La amistad se cultiva en una cafetería o en la playa. Así que Pablo, seguramente, querría volver a mezclar para tratar de extirparle su obsesión por Isidro. Por eso Inma entró relajada, pero alerta.

—¿Puedes ir al grano, Pablo? Quiero comprarle algo a Susana para mañana.

—Claro, claro. ¿Has dejado los regalos de Reyes para el último día?

—Sí, ya sabes cómo soy. ¡Venga!

—Vale. ¿Quieres café? —preguntó, sonriendo.

—Pablo, que te conozco. ¿Me has citado para putearme?

—No, para sorprenderte. Siempre dices que cuando te invito a café lo hago para ganar tiempo. Esta vez... lo hago para saborearlo.

—¿Saborearlo? ¿El... café?

—Sí, bueno; el café y tu reacción. Te voy a dejar de piedra.

—Inténtalo, querido. No es fácil sorprenderme... salvo que me pidas que me folle a Isidro —bromeó.

El psicólogo, sin poder evitarlo, sonrió. Era una sonrisa amplia, de complicidad. Ella, de entrada, no supo interpretarla, pues lo que podría significar era absurdo. Pero la sonrisa... ¡se había esbozado justo a raíz de su irónica expresión! No, eso no podía ser. ¡De ningún modo! Por si acaso, Inma verbalizó su irracional duda.

—¿Me vas a pedir que me folle a Isidro? ¿Es eso?

—No sé si la idea es exacta. Más que pedírtelo, digamos que voy a permitirte.

Aunque las palabras de su amigo estaban escupiendo almíbar en el sistema límbico, dentro de su cerebro, sus entrañas no pudieron permitir que la arrogancia de Pablo entrase sin pagar entrada.

—¿Tú me lo vas a permitir? ¿Hay que pedir permiso a los psicólogos para una relación sexual? ¿Eso te enseñaron en la universidad? ¡Vamos, Pablito! ¡Tonterías las justas!

—No, no tienes que pedir permiso a un psicólogo. Solo te lo estoy diciendo como amigo. A veces... creo que mi profesión es demasiado cruel y excesivamente asfixiante. De eso solo nos damos cuenta cuando las recetas las aplicamos a gente cercana, como es el caso.

—Ya. Pero ni siquiera necesito tu permiso como amigo. En todo caso, tu consejo. O... ¡ni eso! Tu opinión. Luego yo valoro.

Pablo no la contradijo ni se sintió ofendido. Su sonrisa se mantuvo como un reto. Esperó pacientemente a que Inma dejase de orbitar y aterrizase en el Paraíso.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? La última vez que hablamos de Isidro y la zorra de su mujer, tú...

—¿Quieres que te ayude con la estrategia o vas a comerte esto tú sola? —apremió.

—Las estrategias son tu punto fuerte, Pablo. Haré lo que me digas a pies juntillas.

—Para empezar... ¿Cómo se llamaba su mujer?

—Marlene. La zorra.

—Marlene. No la veas como una enemiga sino como una competidora.

—¿Qué quieres decir? —se alertó Inma.

—Pues eso. Ella no es tu enemiga. Compites con ella por Isidro, eso es todo.

Aun estando de acuerdo con Pablo, aquello no le sonaba bien. Era como si aplicara la psicología inversa, de modo que pareciera que estaba diciendo lo contrario de lo que realmente afirmaba. La frase en cuestión le parecía impropia viniendo de un psicólogo. Una enemiga, al fin y al cabo, es un concepto pasional, una persona que genera rechazo; pero una competidora suena más a estrategia. Pablo había hablado de estrategia. La estrategia, el concepto de “competidora”, encierra algo más maligno, una necesidad de aniquilación. Un enemigo puede serlo para siempre, es posible convivir con él. Un competidor tiene que dejar de serlo tarde o temprano, pues toda competición tiene un final. Ganador y derrotado. En definitiva, la desafortunada frase de Pablo le volvió a dejar claro lo malo de recibir amistad y ayuda a partes iguales.

—No has contestado a mi primera pregunta. ¿Qué te ha ocurrido para que ahora pienses así? Algo ha tenido que cambiar en ti para dar explicación a este giro tan radical.

—Digamos que, a veces, nuestra amistad me confunde y me lleva a cometer errores. Es como si... Verás, con los seres que te importan sueles ser más inflexible y más cuadrulado. A ti tiendo a aplicarte los remedios tal como marcan los libros. ¿Por qué? Porque en ese momento creo que es lo mejor, y quiero lo mejor para ti. Pero un buen psicólogo no debería olvidar que las terapias tienen que adaptarse a las circunstancias de cada paciente.

—O sea, terapias a la carta.

—Sí, es como si te hubiera dado un plato de macarrones sosos. Sin nada. Ahora bien, cuando hacemos macarrones solemos ponerles sal, tomate en salsa, carne molida... Es decir, los condimentamos para que sean palatables.

—Y a mí... me los das sin condimentar —remató e interpretó Inma sin estar segura de la moraleja que prometía la metáfora infantil (típica de los psicólogos, según ella) de Pablo—. ¿Por qué?

—Porque son más sanos. La sal, el azúcar de la salsa y la carne no son muy buenos para la salud, pero, mientras no te excedas, es importante disfrutar de algo palatable. Eso no lo tuve en cuenta.

Inma, una vez más, no terminaba de entender la extraña actitud de Pablo. ¿Qué entendería el psicólogo por “mientras no te excedas”? Porque pasar de “prohibirle” seducir a Isidro a convenir con ella en que Marlene era una zorra (aunque él, si bien reafirmando, prefería llamarla “competidora” para que pareciese más suave) era el mayor de los excesos. No se trataba de un poco de carne o sal; Pablo quería cocinar pasta con todo tipo de conservantes artificiales por mucha fama de cancerígenos que los avalasen.

—¿Hasta dónde crees que debo llegar, Pablo?

El anzuelo lanzado por Inma pretendía medir los escrúpulos de su psicólogo para verificar si la amistad lo estaba trastornando. Ella, desde luego, quería a Isidro, pero su lado racional (al que tenía encerrado en una oscura mazmorra) le susurraba que la obsesión era enfermiza. Si ese prisionero tenía razón, ¿qué le estaba ocurriendo a Pablo para sufrir tal transmutación y perder la cordura?

—Mi intención es que superes definitivamente tus problemas. No puedes seguir arrastrando ese sufrimiento. Un hijo de Isidro sería ideal. Era lo que querías, ¿verdad?

—Sí, pero no esperaba que saliera de tu boca. La verdad es que me resulta sorprendente.

—Necesitas un poco de sal en tu vida —sazonó Pablo.

Inma tardó un buen rato en dar su visto bueno. Pablo tenía herramientas para ayudarla y, por supuesto, iba a aprovecharlas. Pero, después de lo que había escuchado, Pablo había pasado a ser un gran amigo; nada más. Ya no confiaba en el “Pablo psicólogo”, se sentía defraudada por él. Eso suponía que, en el irreconciliable tándem formado por los dos vasos comunicantes, Pablo ascendía, por empuje y descenso profesional, en el recipiente de la amistad. Había sido capaz de traicionar a su profesión por ella. ¿Por qué? Solo se le ocurría una respuesta.

—¿Estás enamorado de mí? —preguntó fríamente y sin dejar de mirarlo a los ojos para que no se escabullera.

—Puede ser. Pero eso, ahora, no tiene importancia. Sé dónde está tu corazón y voy a ayudarte.

—Lo acepto. Acepto tu ayuda. ¿Qué me aconsejas?

—Ahora mismo... Tienes que buscar la oportunidad. Contactar con Isidro cuanto antes. Has de mostrarte fría con él.

—¿Fría? Así no podré seducirlo.

—Yo creo que te seducirá él a ti. No se lo pongas fácil en el plano sentimental. Dale a entender que solo quieres disfrutar de él a nivel físico.

—De acuerdo. Seré fría y dominadora, pero no estoy segura de que la estrategia funcione.

Viernes, 14 de enero de 2011. Isla de La Palma

Aún no lo había asimilado del todo. La simple posibilidad de verlo ahora, en unos minutos, era un auténtico cincel emocional que, ansioso, iba modelando y perfilando su sonrisa para inmortalizarla en su rostro.

Se había puesto muy guapa para la ocasión. Habitualmente solía ir en chándal a recoger a su hija, pues, mientras Susana entrenaba, Inma solía ir a caminar. Hoy era diferente. Hoy había aprovechado la hora de entrenamiento para arreglarse y maquillarse un poco.

Tras recibir el visto bueno de Pablo, había estado un par de días diseñando una estrategia. No la estrategia de contacto, sino la estrategia previa: la estrategia “para contactar”. Valoró la posibilidad de viajar a Tenerife, pero, aunque tenía una empleada, no podía abandonar la tienda durante dos o tres días. Necesitaba un mínimo de tres días, siendo optimista, para contactar con Isidro, seducirlo y... Quizá no lograría llevárselo a la cama en el primer encuentro. La paciencia era una virtud que siempre había controlado, excepto con Isidro.

Según Pablo, el profesor caería en sus redes con una estrategia de choque. Inma no entendía cómo su amigo era capaz de emitir tal afirmación sin conocer a Isidro. De hecho, ella sí que lo conocía y no estaba, para nada, de acuerdo con el psicólogo. Le parecía más efectiva la seducción a medio o largo plazo para conquistar a su amor. Pero decidió dar una oportunidad al profesional. Fría y dominadora. “¿Quieres follarme?”. ¿Por qué así? Claro... Pablo quería ayudarla a conseguir un hijo de Isidro; no a conseguir a Isidro. Si Pablo estaba enamorado de ella, todo cobraba sentido.

—Y yo... ¿Qué quiero yo? —expresó mientras bajaba del coche y se dirigía al Pabellón.

El viaje a Tenerife era, quizá, necesario si no quería dilatar más este asunto. Pablo le había insistido después de la última sesión. Había que actuar rápido y en caliente. Este era el momento idóneo para la emboscada. Parecía muy seguro de que Isidro reaccionaría casi sin que ella tuviese que pestañear.

Inma, por otro lado, utilizó algunos contactos colaterales para recabar información sobre Isidro, pero sin llamar la atención. Una tarde se atrevió a curiosear en la tienda de antigüedades de Andrea, la hermana del profesor, quien, distraída con unos clientes, no se percató de su presencia. Su relación con la que casi fuera su cuñada era cordialmente neutra; la típica relación entre dos personas que conviven en un lugar muy pequeño, donde se ven prácticamente a diario. Cuando Inma regresó de Alemania, la primera vez que se reencontró con Andrea fue en una boda de unos amigos comunes. Se saludaron y cruzaron un par de frases intrascendentes. Así que preguntarle directamente por Isidro, si no lo hizo en aquella boda, no tendría sentido o parecería sospechoso. Por eso se fue de la tienda sin hablar con Andrea.

Sabía, además, que el hijo de Andrea jugaba al baloncesto. Su madre no solía recogerlo, pero sí que la había visto con él alguna vez, lo que le permitió deducir que aquel niño llamado Isaac, amigo de Susana, era el sobrino de Isidro. Por eso, otra de las estrategias de vigilancia que iba poniendo en acción, poco a poco, fue hablar con Susana. Le confesó que un tío de Isaac había sido novio suyo y que le gustaría reencontrarse con él para saludarlo. Susana había sonreído, intuyendo el interés de su madre por algo más que un simple saludo. Tras prometerle a Inma que jamás hablaría de esto con Isaac, accedió a intentar averiguar algo.

Inma confiaba en la discreción y en la habilidad de Susana. La niña, no solo no la defraudó, sino que le consiguió la información y el almíbar en un tiempo récord. Se imaginaba a su inteligente hija, charlando desinteresadamente con Isaac, preguntándole por sus familiares. Frases como “¿Tienes primos? Alguno de mi edad, tan guapo como tú... ¡Di que sí!”. Sin duda, Susana le había puesto un cebo a Isaac hasta arrancarle la existencia de un tío y su sorprendente (por impredecible) futuro inmediato.

Cuando Susana se lo comentó, hacía apenas tres días, el corazón de Inma volvió a desajustarse y a funcionar por su cuenta. ¡Isidro iba a venir el viernes en un viaje relámpago! Por si esto no fuera suficiente mermelada para sus oídos, el profesor parecía querer ponérselo aún más fácil a Inma, pues tenía intención de acompañar a su sobrino al entrenamiento del viernes.

En los últimos dos días, Inma había hablado con Pablo cuatro o cinco veces. El psicólogo se había asegurado de insertarle la estrategia de contacto. “*¡Es el momento de actuar! ¡A la yugular, Inma, a la yugular! Ahora lo pillarás en un momento de inestabilidad emocional. Aprovéchate de la situación*”.

Mientras entraba al Pabellón Municipal de Santa Cruz de La Palma, quizá como ejercicio de distracción para frenar los impetuosos latidos de su corazón, se planteaba lo difícil que era entender a un psicólogo. ¿En qué demonios se basaría Pablo para garantizar que este era un momento de debilidad emocional en la vida de Isidro? Ella lo dudaba. De hecho, cuando, hacía poco más de un mes, lo había visto con Marlene saliendo del ginecólogo, o dando sus clases aquella misma mañana con una energía envidiable, no existía ninguna debilidad emocional, a no ser que la llevase de incógnito. Bueno, sí que hubo un pequeño detalle que, cogido con pinzas, podría interpretarse como signo de debilidad emocional: el profesor experimentó cierta turbación al verla. Tal vez Pablo se refiriese a eso. Aunque Inma no recordaba haberle hablado a Pablo de la esperanzadora (siempre según su interpretación) reacción de Isidro.

Una vez dentro del recinto, Inma extrajo la toalla de su bolso y se dirigió rápidamente hacia Susana, que ya la esperaba cerca de las oficinas del club. Se agachó, le dio un beso y comenzó a secarle el sudor de la cabeza, como de costumbre. Notó que la niña se ponía tensa. La miró y supo que algo no iba bien. Susana, con el ceño fruncido, miraba por encima del hombro de su madre hacia un punto fijo.

—¡Mira, mamá! ¡Allí hay un perverso con gafas de sol que no deja de mirarme! — dijo, mientras lo señalaba, con rostro acusatorio.

Inma, aún de rodillas, se giró. El hombre se estaba volviendo de espaldas rápidamente, como para disimular. Pero no tenía dudas. ¡Era él! Ella se puso en pie y se acercó dos pasos. En ese momento, Isidro, con unas irracionales gafas de sol de tamaño descomunal,

adornadas con corazones rojos, se dio la vuelta, sorprendiéndola. Y su corazón reventó y se quebró.

*

Susana pensó rápido. Por la forma en que se miraron, aquel era un amigo especial de mami, no un simple conocido. Estaba clarísimo. Se trataba del tío de Isaac.

—¿Isidro? ¿Eres tú?

—¡Inma! —expresó él, hipnotizado.

—¡No puedo creerlo! Después de tantos años volvemos a cruzarnos. Aunque nos hemos visto hace un par de meses, en Tenerife. En aceras opuestas, tú ibas con Marlene. Sé que me viste y luego disimulaste. Podrías haberme dicho algo.

—Sí... Lo siento, Inma. Fue una actitud muy salvaje la mía. No me explico por qué reaccioné así —trató de justificarse torpemente.

—Supongo que es por el peso del pasado. Pueden ser las brasas de un fuego que no se apagó del todo —provocó Inma.

—Estás muy... Quiero decir que estás muy elegante.

Para la ocasión, Inma había elegido un moderno vestido, entero, que le cubría hasta la rodilla, en tonos de fucsia y malva. Sus zapatos y bolso eran malvas, haciendo juego.

—Mira, Isidro. Esta es mi hija. Se llama Susana. Susana, este señor fue novio mío antes de conocer a tu padre.

—Hola, Isidro —dijo la niña, alargando la mano hacia el profesor, quien se la estrechó.

—Me alegro de conocerte, Susana.

—Oye, Isidro. ¿Puedo hacerte una pregunta personal? Espero no incomodarte —dijo Inma, divertida.

Sabía que su ex novio era totalmente vulnerable a la incertidumbre, quizá por su profesión. Notó que Isidro se había puesto muy tenso y expectante por culpa de la frase. Para eso la había pronunciado. Quería jugar con él, como en el pasado, al juego del coqueteo y del amago de seducción.

—Claro que sí —contestó Isidro.

En ese momento, para desesperación de Isidro, su sobrino se unió al grupo, interrumpiéndolos. El profesor, descompuesto y acorralado, sugirió a Isaac que lo esperase fuera, e Inma hizo lo propio con su hija. Al quedarse a solas, la ansiedad pudo con él.

—¿Qué me querías preguntar?

—¿Qué? ¡Ah, sí! No es nada. Oye, ¿ese es el hijo de Andrea? Lo conocí cuando era un bebé. ¡Cómo ha crecido! ¿A quién sale tan alto? —La máquina de torturar funcionaba a máxima potencia.

—Pues... ¿Qué hay de la pregunta?

Inma se echó a reír. Primero trató de aguantar la risa, disimulando. Luego no pudo más y estalló.

—Lo siento —se disculpó—. Lo que te quería preguntar me hace reír. Desde que te vi... ¡Ja, ja, ja...! Se trata de esas gafas tan horteras... ¡Ja, ja...! ¿Por qué las llevas puestas dentro del pabellón? ¡Ja, ja, ja! ¡No te enfades, Isidro!

Leyó la confusión y la decepción en su rostro, pero no le importó lo más mínimo. Tenía que comportarse con frialdad, con descaro y con frescura.

—¿Cómo está Marlene? Hace años que no sé nada de ella —preguntó, cambiando de tema.

—Ha tenido un accidente; la ha atropellado un coche cuando caminaba por la carretera. Ahora está recuperándose en el Hospital Universitario de Canarias. Prácticamente no tiene movilidad de cintura para abajo, pero los médicos dicen que se pondrá bien.

—¡Cuánto lo siento! La llamaré... Pero... ¿alguno de tus padres está enfermo? —preguntó, intrigada.

—No, están muy bien. ¿Por qué?

—Entonces, ¿cómo es que estás aquí, en La Palma, con Marlene hospitalizada?

La cara de culpabilidad de Isidro disparó las alertas de Inma. ¿Era lo que parecía? ¿Estaba el azar alineando los astros para brindarle una oportunidad única?

—¿No van bien las cosas entre vosotros? ¡Os habéis separado! ¡Puedo leerlo en tus ojos! ¡No me lo puedo creer!

Se acordó de Pablo. “*Es el momento de actuar*”. Pero... Pablo no sabía nada de la vida de Isidro. Ya no confiaba en Pablo como psicólogo, pero sí confiaba en Pablo como vidente.

—No, Inma, no es eso. Es cierto que, a raíz del accidente, hemos pasado un mal momento y tenemos algún problema de puntos de vista, pero todo se superará —le confesó.

—Lo siento, Isidro. No sé qué decir. ¿Tenéis hijos?

—Ella estaba embarazada de gemelos cuando la atropellaron. Y los perdió. No tenemos hijos.

—¡Mami! ¿Nos vamos ya? —Susana la apremiaba desde la puerta del pabellón.

—Vamos a hacer una cosa, Isidro. Te invito a cenar esta noche. Y no acepto tu negativa. Conozco un nuevo restaurante, muy bueno, en Los Llanos. Supongo que estás en casa de tus padres, ¿verdad?

—Sí. ¿Has dicho en Los Llanos? ¿Tienes coche?

—Sí, no te preocupes por eso —contestó con una gran sonrisa.

—Y tu marido... ¿vendrá con nosotros? No lo conozco, nunca me lo presentaste. Te fuiste a vivir a Alemania al poco tiempo de estar saliendo con él y yo no...

—Theobald y yo nos separamos hace un año. Esta noche seguimos hablando. Te recojo dentro de una hora, así que no te entretengas. ¡Adiós!

—Hasta luego, Inma.

*

Durante la cena, la conversación fue bastante personal, partiendo de aspectos superficiales relacionados con la familia para irlos enlazando con el pasado común. Inma tenía muy estudiada la estrategia (la de contacto) que había diseñado con la ayuda de Pablo. A la yugular, sí, pero todo buen polvo requiere un juego previo. Poco a poco fue abonando el campo de batalla con semillas de inestabilidad para que germinase el rubor en Isidro.

—Siempre he envidiado a tu mujer. Ambas estudiábamos Derecho, ella en la ULL y yo en la UNED, pero ella terminó y yo no. Ambas tuvimos el mismo estupendo novio, pero ella se casó con él y yo no.

—Tú fuiste la que me dejaste, ¿te acuerdas? —recriminó él.

—Sí, es verdad. Cuando se es joven, se cometen muchísimas tonterías de las que te arrepientes con los años. Pero, después, te das cuenta de que no hay marcha atrás. Si no retuviste lo que mereció la pena, tú eres la culpable —confesó Inma.

—Ese es el pasado. Ya no tiene importancia.

—Queríamos emparejar a Marlene y Mauro, y, al final, te quedaste tú con Marlene. ¿Recuerdas lo que decíamos? Las dos M y las dos I.

—Sí, pero lo de Marlene y Mauro nunca funcionó.

—¿Estás seguro? Eso no es exacto del todo —dijo Inma, metiendo cizaña.

—¿Qué quieres decir? A Mauro no le interesaba Marlene, él me lo confesó —se escandalizó el profesor.

—A Mauro no le interesaba ninguna mujer para algo serio, pero le interesaban todas para un revolcón.

—¿Insinúas que Marlene y Mauro...?

Inma controlaba y dirigía la conversación a su antojo. Hablaban de su noviazgo, de la irrupción de Marlene, de cambios de pareja. Tenía a Isidro donde quería tenerlo. Entonces ocurrió algo sorprendente. El profesor se escabulló. No se trataba de una huida voluntaria de la conversación, lo cual se justificaría y se interpretaría como un comprensible miedo a seguir pisando un terreno peligroso para él. No, no era eso. No es que estuviera incómodo. No huyó de la conversación. Simplemente la amoldó. Enlazó el juego de Inma con otro tema para dar un salto al absurdo. Isidro no quería eludir a propósito el pasado sentimental. De hecho, daba la impresión de que, lo que ocurría, era mucho peor. ¡Ese pasado le era indiferente!

Por primera vez en la noche, se dio cuenta de que el control ya no era suyo. Su plan, cuidadosamente elaborado, implicaba dos posibles reacciones por parte del profesor: la primera y la segunda. Sin embargo, descubrir que, a veces, existe una tercera posibilidad no prevista ni imaginada, implica sorpresa, decepción y desorientación. Así fue como se sintió cuando Isidro le arrebató el argumento para convertir, lo que comenzó como novela romántico-erótica, en una novela de intriga. O quizá en algo aún peor; un guion sin sentido, puro disparate. Era la tercera posibilidad. Provocar a Isidro, recordándole sus años de novios, ni lo había desarmado emocionalmente ni lo había empujado a huir. Peor. Indiferencia.

—Realmente, lo que me interesa es lo que pasó posteriormente. ¿Supiste algo más de Mauro, después de aquella época?

—Bueno, no directamente. Cuando yo vivía en Alemania, me visitó mi prima Carolina, ¿la recuerdas? Era amiga de Mauro. Me contó que estaba cambiado, porque tenía algo así como una relación estable y estaba muy a gusto. O eso le entendí.

—¿Sabes algo de ella? Me refiero a la pareja de Mauro.

—No —contestó ella.

—¿Te dijo Carolina que era negra?

—¿Negra? ¿Estás de broma o qué? Mauro nunca estaría enrollado con una chica negra. Un polvo puede, pero una relación...

Descontrolada por el repentino interés de Isidro en Mauro, Inma descubrió que el desatino del nuevo argumento, impuesto por el profesor, no tenía límites. Sin venir a cuento, Isidro introdujo un nuevo personaje en la trama, y lo hizo en un momento tan avanzado de la historia que agotaría a cualquier potencial lector, pues la novela no necesitaba más distracciones colaterales, sino el beso final.

—Se me acaba de ocurrir algo. ¿No conocerás, por casualidad, a Silvana Amanca?

—¿Te refieres a la propietaria de Yesnay?

—Sí. Creo que, dentro de poco, van a abrir una tienda aquí, en La Palma —aportó Isidro.

—No la conozco personalmente, pero he oído hablar de ella. Tengo contacto con alguno de sus jefes de ventas, porque una parte de la mercancía se la compro a ellos. Ya sabes, ropas de diseño no exclusivo. Son intermediarios de algunos productos textiles; han sabido diversificar bien su negocio —explicó Inma.

—¿Qué sabes de Silvana?

—Muy poco. Dicen que es una mujer muy emprendedora y, sobre todo, excesivamente ambiciosa, de las que consiguen lo que se propone a cualquier precio. ¿Por qué lo preguntas?

—No es nada. Fue alumna mía y el otro día la estábamos nombrando en la Facultad. Era la mejor de su promoción. Como trabajas en el sector textil, pensé que tal vez la conocías.

Tras terminar de comer, Inma hizo lo posible para acercarse a Isidro, nuevamente, a la realidad. Discutió con él sobre el pago de la cuenta hasta salirse con la suya, consiguiendo cargar en su conciencia una pequeña deuda. Eran meras artimañas, pequeños pasos antes de entrar a matar.

Cuando circulaban por la zona de Breña Alta, camino de Santa Cruz de La Palma, Inma le hizo una desconcertante pregunta.

—Y ahora ¿qué vamos a hacer?

—¿A qué te refieres?

Inma detuvo el coche en el arcén de la carretera y lo miró, directamente, atravesándolo con sus ojos, que habían recuperado el verdor salvaje de su juventud. Isidro se puso bastante nervioso.

—¿Quieres venir a mi casa, Isidro?

—¿Cómo?

—No me andaré por las ramas, porque ya no estamos en edad de eso. ¿Te apetece follar conmigo? —pronunció Inma con la frialdad sugerida por Pablo.

—No, Inma. No creo que sea una buena idea. Si lo hiciera, tendría que contárselo a Marlene, no te quepa duda. Y no sé ella, pero yo no podría perdonármelo jamás.

—Te entiendo. Te llevaré a casa. —Y dicho esto, arrancó, sin volver a dirigirle la palabra, ni siquiera cuando el profesor bajó del coche y le dijo “adiós”.

Lunes, 17 de enero de 2011. Santa Cruz de La Palma

En una cosa sí le daba la razón a la supuesta videncia de Pablo: Isidro era vulnerable. Su comportamiento lo corroboraba. Sin embargo, esa vulnerabilidad era distinta, no tenía que ver con el corazón; más bien... con la cabeza. Claro que, de ser así, eso también tendría que jugar a favor de la teoría del psicólogo visionario. A un Isidro desequilibrado e inestable debería ser más fácil conquistarlo con frialdad. “*¿Te apetece follar conmigo?*”. Pero la estrategia no había dado resultado. Fue un error hacerle caso a Pablo. Aunque, quizá...

Quizá la bola de cristal del psicólogo había adivinado la existencia de un problema en la cabeza del profesor, pero había fallado en algo fundamental. La naturaleza de dicho problema. Cada problema demanda una estrategia diferente. Una gripe y un resfriado, aunque puedan confundirse, requieren tratamientos distintos.

Ahora bien, si todo el razonamiento de Inma fuese algo más que una paranoia, quedaba una inquietante pregunta sin respuesta posible: la propia existencia de la bola de cristal. ¿Cómo podría Pablo saber tantas cosas sobre Isidro? ¿Por qué se había mostrado tan seguro de su vulnerabilidad? Y eso sin contar con su extraño y radical cambio de parecer respecto a qué debería hacer Inma con su vida. Por más vueltas que le daba, por mucho que se esforzase en encontrar otra posible explicación, siempre llegaba a la misma conclusión. El joven psicólogo se había enamorado de ella.

Cuando le relató a Pablo lo sucedido en la cena del viernes, el profesional no daba crédito. A pesar del enfado monumental de su paciente (quien le garantizó que no confiaría en su criterio nunca más), a él solo parecía importarle la extrañísima reacción del profesor. Eso según el propio Pablo, por supuesto. Para Inma no caía fuera de lo común que un hombre casado, con su mujer hospitalizada, rechazase una proposición gélida e insensible como la suya. Al contrario.

—¿Qué te pasa, Pablo? ¿No me has entendido? No quiero volver a tratar este asunto contigo. Si quieres que sigamos siendo algo parecido a dos amigos, y no sé si podré, este es un tema tabú.

—Escucha, Inma. Yo estaba seguro de que... Da igual, no ha funcionado y ya está. Aun así, no puedes rendirte a la primera. Tú misma estabas segura de que te rechazaría.

—¿Segura? Jamás dije eso. Todavía me quedaba un poco de orgullo como para no confiar en mis posibilidades seductoras. Isidro no me ha rechazado a mí, tesoro, sino a ti. ¡A tu puta estrategia!

—Reconozco que me he equivocado. Te sugiero una estrategia a largo plazo..., o sea..., hacerlo a tu manera. Pero con mucha paciencia. Volver a conquistarlo exige dejar pasar el tiempo suficiente para que Isidro se olvide de esa noche.

—¡No me jodas! ¡No tienes límite!

—Sabes que volverás a intentarlo, Inma. Está escrito en tu destino. Yo... Sí, estoy convencido de que tienes un hijo de Isidro escrito en el destino. Tienes que hacerme caso, por favor. Permíteme resarcirme. Si vuelvo a fallarte seré tu esclavo.

Se levantó de la cómoda silla que el psicólogo tenía a disposición de sus pacientes. Una cosa le reconocía a su amigo; la perseverancia. Ni la amenaza de no volver a dirigirle la palabra lo frenaba.

—¿Crees que voy a seguir confiando en ti? ¿De verdad? ¿Es eso? ¡Qué poco me conoces!

—No. Confía en ti. Yo me limitaré a darte algunas pautas. Por ejemplo, convendrás conmigo en que, si quieres volver a intentarlo en el futuro, tendrás que llamarlo ahora.

—¿Llamarlo? ¡Se me caería la cara de vergüenza!

—A eso me refiero.

—¿A qué?

—A la vergüenza. Lo llamas y le pides disculpas por tu indecoroso comportamiento. Échale la culpa al alcohol, a la nostálgica conversación y al recuerdo del pasado. Dile que fuiste muy bruta porque estabas nerviosa y no sabías cómo...

—¡Ja! ¿De qué vas? ¿Piensas que voy a humillarme?

—¿Estás enamorada de él, Inma?

—Supongo que sí.

—Entonces, si haces lo que te digo, no te estarás humillando. Se trata de dejar hablar a tu corazón.

—Vale. Tienes razón. Lo llamo y... le cuento la verdad. Hola, Isidro. La otra noche tenía pensado decirte cuánto te quiero, con ternura, pero mi enemigo psicólogo me sugirió ser insensible. Ahora quiero retractarme.

—Pues...

—Estoy sobrepasada. ¿No lo entiendes? Claro que lo quiero. Si no fuera así, no me daría reparo llamarle y disculparme. Para ti es fácil, pues cada paso, cada llamada, forma parte de una... estrategia, tu palabra favorita. Pero es mi corazón al que tú pareces someter a la tortura permanente, Pablo. Y no soy capaz de entenderlo.

—Estás enfadada conmigo, eso es todo —reconoció él.

—Te equivocas. Estoy enfadada conmigo por haberte hecho caso. Lo más patético de todo es que voy a hacer una parte de lo que dices. Cuando llegue a casa llamaré a Isidro para pedirle disculpas. Pero que te quede claro una cosa: luego haré lo posible por olvidarme de él y seguir con mi vida. Y te lo advierto. Desde que cruce esa puerta no quiero volver a oírte hablar de Isidro.

Pablo, después de irse Inma, trató de razonar, sin éxito, en qué se había equivocado. El perfil del profesor parecía de manual. Su mujer había tenido un accidente, había

perdido a sus gemelos y, como consecuencia, estaba tocada anímicamente. Isidro, incapaz de asumirlo, se estaba viendo, a escondidas de Marlene, con otras mujeres. Los observadores del profesor habían dado datos precisos, con nombres incluidos tales como Rosa o Anita. Esos observadores no podían probar ni asegurar que hubiese tenido relaciones sexuales, aunque sí garantizaban, con fotos que lo avalaban, la entrada del profesor, hacía muy pocos días, en un chalet de La Quinta donde convivían las susodichas mujeres. Lo que sí quedaba claro era su esfuerzo por engañar a su mujer. Diagnóstico indiscutible. Trastorno por un problema que te supera, búsqueda de una evasión emocional, irresponsable y de fantasía. Si Inma había sido tan importante en su vida... tendría que haber sucumbido a ella; o, al menos, no cuadraba su enérgica e inflexible oposición a la proposición.

Pablo decidió que, a partir de ahora, era indispensable estirar la paciencia. Si quería forzar aquella relación, no quedaba más remedio que dejar transcurrir unos cuantos meses. Quizá un par de años. Quedaba tiempo. Aún faltaban cuatro años para la entrada de 2015.

—Tendré que tener mucha paciencia contigo, Inma —murmuró—. Pero te aseguro que te conseguiré un hijo de Isidro antes de que La Señora regrese con el pueblo.

A sus treinta años, Pablo había disfrutado plenamente de unas cuantas fiestas patronales. Pero 2015 era especial. Iba a ser la primera vez en la vida del psicólogo que La Señora de las Nieves bajaría en romería, desde su ermita, hasta la capital palmera. Una ocasión así solo podía vivirse una o dos veces en la vida; tres, a lo sumo. Y Pablo era de los pocos que lo sabían.

Pretérito perfecto compuesto (curso 2011-2012): La Invitación

*Más allá de la ficción
Pero no es novela, es realidad
Crece a paso caracol
Vegetando la remota ciudad*

Isla de Tenerife

Antes de marcharse se acercó a su sedosa melena para embriagarse del perfume de frutos salvajes que desprendía. Le dio un beso en la mejilla y ella, sin abrir los ojos, sonrió. Satisfecho, Isidro arrancó su coche, en el garaje, y se dirigió a la universidad, como cada día.

Ya había transcurrido casi un año desde el percance, un intento de asesinato que jamás llegó a probarse ni a denunciarse. Pocas personas conocieron la verdad de lo acontecido en la víspera de la Nochebuena de 2010. A Isidro se lo relató, con pelos y señales, el propio asesino, Julio Domínguez, uno de los cinco desalmados que participaron en la

violación de Salka, en diciembre de 1996. La única frustración que arrastraba el profesor consistía en no haber podido matar a Julio, alias “Edu”, con sus propias manos. Luis Figueruela se le adelantó, salvando, de paso, la vida del propio Isidro.

La rehabilitación de Marlene iba viento en popa. Acudía diariamente a una sesión de mantenimiento y, salvo en dos ocasiones puntuales (dos intervenciones menores), no había tenido, ni estaba previsto de cara al futuro, necesidad de pasar por el quirófano. Marlene caminaba con mucha dificultad y con una notable cojera que se acentuaba a la hora de subir o bajar cualquier terreno que no fuese llano. Según sus terapeutas, más del cincuenta por ciento de esa dificultad y de esa cojera no era físico, sino derivado del miedo y la inseguridad en sí misma. Esa era una muy buena noticia, pues implicaba que, a medida que Marlene fuese adquiriendo confianza, su recuperación sería tan vertiginosa que parecería milagrosa.

El doctor Antonio García, su hombre de confianza en el hospital, quien llegó a convertirse en amigo y confidente, se había marchado del país. Marlene no se enteró hasta recibir una carta suya, en verano de 2011, donde le confesaba que necesitaba alejarse de Tenerife, tal vez para siempre, por estar enamorado de una mujer imposible. La carta procedía de América del Sur. Al parecer trabajaba con una especie de ONG sanitaria colaborando en problemas epidemiológicos de la zona. En el escrito le deseaba suerte al profesor y le pedía a Marlene que se la dejara leer también a él. A Isidro le rogaba que cuidara de Marlene, amenazando con que, si no lo hacía, él regresaría de Sudamérica para cuidarla. También sugirió que sería conveniente una visita a Brouwer o a cualquier otro especialista que le arreglase su inestable cabeza. La dama Marlene necesitaba un apoyo al cien por cien durante su proceso de recuperación.

Isidro no se sintió a gusto con el contenido de la misiva. No había que ser muy listo para interpretar el supuesto amor del doctor hacia su mujer. Sin embargo, él lo veía más como un capricho, pues no creía que se hubiesen dado las circunstancias propicias para germinar el verdadero amor. La carta lo puso celoso. Tal vez el doctor García era un arrogante seductor que intentaba hacerle creer a Marlene su interés por ella. Los celos se basaban en el hecho de que el médico era, para Marlene, el Capitán América. Su salvador. Isidro estaba convencido de que se había ido a América por una oportunidad profesional; no para olvidar a Marlene.

En cuanto a ellos, el matrimonio, habían vuelto a vivir juntos tras la salida de Marlene del hospital. Al principio fue una convivencia por inercia. Marlene necesitaba a Isidro para que la cuidase y la apoyase en su rehabilitación. Isidro necesitaba a Marlene por remordimiento de conciencia. Se seguía sintiendo culpable por la situación de su mujer y por la pérdida de los gemelos. Profundizar en la carta de Salka había supuesto un antes y un después en sus vidas.

Sin embargo, la convivencia les demostró que aún se querían. El amor que se profesaban era tan grande que, sin ellos darse cuenta, empujaba a una relación cada vez más tóxica: tenían una conversación pendiente y ninguno se había atrevido a afrontarla. La guerra fría; los problemas que se van acumulando en la papelera de reciclaje, donde pensamos que todo cabe. Algún día, salvo que antes escudriñaren en ella, la papelera se desbordaría. Ese día reaparecerían los encuentros sexuales de Marlene con el racista Mauro en el apartamento de Arona, en la cama que turnaba también con el profesor. Ese día aparecería la recriminación a Isidro como inductor del atropello a su mujer; quizá no

como inductor, pero sí como la persona que pudo haberlo evitado. Limpiar una papelera se hace más difícil cuanto más llena está o cuanto más tiempo pasa.

*

Entró en el aula “e-tres-uno”, donde impartía la asignatura “Técnicas Estadísticas” del Grado en Turismo. Subió a la tarima y, sonriendo, saludó al alumnado. Se sentía feliz. Después de la pesadilla vivida con el caso Salka, las cosas habían vuelto a algo parecido a la normalidad. Nunca creyó que el puñetero rompecabezas que había secuestrado su vida tuviese una solución más o menos pacífica. Pero se equivocó. La solución fue más o menos pacífica para él. Lo mejor del desenlace, según la vengativa sed de Isidro, había sido el violento final que había tenido Julio. El descubrimiento de Fiona, la hija de Salka, gracias a Rosa (la ex mujer de la Reina Bruja), fue el orgasmo emocional que había devuelto al profesor su dignidad, su esperanza y sus ganas de vivir. Por eso se sentía vivo y renovado.

Isidro estaba bien considerado por el nuevo alumnado del centro; mucho más que por los estudiantes de años anteriores. Él lo sabía; y sabía por qué. Porque, cuando subía a la tarima, sonreía. Con el paso de los años, el profesorado universitario tiende a acentuar una relación impersonal con la audiencia. Isidro está allí para transmitir conocimientos. Dado que no tiene que “cuidarles”, pues ellos son mayores de edad, no es necesario intimar ni empatizar. Él explica, ellos preguntan y él responde. Eso es todo. En eso se convierte su trabajo con el paso de los años. No obstante, siempre había luchado para no caer en esa trampa y, con mayor o menor éxito, cada año lograba esquivarla.

Pero el comienzo del curso 2011-2012 fue diferente. Era un nuevo Isidro, una nueva vida, un renovado profesor lleno de ilusiones. Un profesor que se esforzaba en aprenderse el nombre de todos sus alumnos y que los agregaba a través de las redes sociales. Era su año, el año de la redención. Era una regresión de sensaciones, la vuelta al curso académico 1996-1997, cuando se enfrentó por primera vez, lleno de incertidumbre, a un complicado grupo de jóvenes quizá marcados, eso sí, por una maldición recogida en algún crucigrama del futuro, crucigrama elaborado por la morenita que, en silencio, observaba desde la primera fila.

La complicidad con la nueva promoción era tan alta que las clases de Técnicas Estadísticas parecían un extraño punto de confluencia entre aprendizaje, ocio y relaciones sociales. A Isidro le agradaban los sonrientes (por contagio) estudiantes y a los estudiantes les agradaba el sonriente y dedicado profesor. Un profesor que se preocupaba por ellos, por sus problemas académicos, por sus dificultades económicas y lo complicado que era afrontar las tasas universitarias en medio de la crisis.

Isidro, eso sí, siempre estaba alerta con aquellos chicos. Por mucha complicidad que se respirase, sabía que nunca los llegaría a conocer de verdad. En 1996 nunca conoció de verdad a gente como Ana Eco, Julio Domínguez, Germán Escuela o el sorprendente Luis Figueruela, quizá la persona con quien más se había equivocado, pues aún le parecía imposible que aquel joven tan tranquilo hubiese participado en la barbarie contra Salka. Silvana Amanca, sin embargo, sí había desarrollado, a la larga, la personalidad que el miope profesor Isidro León intuyó en aquellos años.

—¡Buenos días! Hoy comenzamos uno de los temas más importantes del curso; tan importante que vuestra absoluta atención es imprescindible. Así que... no se dispersen...

por nada —tartamudeó, inseguro. No sabía si continuar con lo que tenía pensado decir, por ridículo, pero uno de los estudiantes salió en su ayuda y le facilitó una salida digna.

—Profesor, si esa petición de que no nos dispersemos es un intento de chiste o gracietta, relacionado con que vamos a estudiar las medidas de dispersión, le sugiero que no lo remate. Podría llevarse el premio al comentario más patético de todo el cuatrimestre.

La clase entera estalló en risas y el propio Isidro les acompañó.

Isla de La Palma

No era justo pagar con Susana su mal humor crónico. Habían pasado varios meses, los suficientes como para oxigenar su cerebro, pero no había conseguido aislar a Isidro en él, en algún compartimento de titanio que le impidiera alcanzar la corteza y perturbar sus sueños. Si bien podía llegar a entender la reacción del profesor, su amor propio se negaba a tolerar un rechazo tan brusco. Herida en su orgullo, Inma se refugió en la mala leche para bordear la depresión pero sin entrar de lleno en ella.

Lo mejor de todo era que Pablo se había portado como un amigo. Inma necesitaba un amigo. El psicólogo había respetado su amenaza y cumplió su deseo de no volver a tocar el tema. Solo en una ocasión hizo una insinuación sutil. “*Si quieres hablar conmigo a nivel profesional, sabes que siempre te escucharé*”. A pesar de no estar dispuesta a seguir sus terapias, él la apoyaba anímicamente; siempre. Inma no tenía muy claro si esa ayuda era solo de amigo, solo de psicólogo o una intersección de ambas. Lo cierto era que daba resultado. Cuando hablaba con Pablo, la madre de Susana (para alegría de la niña) se tranquilizaba.

Había sido respetuoso hasta ayer. Pablo, mientras se tomaban unas cervezas, dando un paso más hacia su oculto (aunque evidente) intento de retomar los sentimientos de su amiga, se había atrevido a etiquetar la radiografía de lo que le estaba ocurriendo a ella. Por su tacto, su sutileza y su paciencia, a Inma no le molestó. Lo había dicho con términos más técnicos, pero la idea era una obviedad: el rechazo de Isidro la había “embajonado” y se había vuelto inestable.

Ahora, terminando 2011, Inma había decidido que, si bien su amigo tenía razón, tendría que estar alerta por si estuviese planificando un ofrecimiento para “curar” esa supuesta inestabilidad estratégicamente definida por él mismo.

Isla de Tenerife

Fue después de las vacaciones navideñas, comenzando 2012, cuando recibió aquella extraña e inesperada llamada. Estaba en su despacho corrigiendo un error, en un fichero de problemas, que había sido detectado por una de sus alumnas en la clase que acababa de impartir. En la puerta, en pie, le esperaban Gustavo y Jorge, profesores de Contabilidad, para bajar a la cafetería. Impacientes, le hicieron todo tipo de amenazas en tono de burla, mediante gestos y señas, para que no descolgara el teléfono.

—¿Diga?

—¿Señor Isidro León?

—Sí, soy yo.

—Buenos días. Mi nombre es Arturo Castro. Soy el alcalde de Santa Cruz de La Palma.

Al profesor le sonaba el nombre. Creía recordar que su hermana Andrea había votado por él en las últimas elecciones. No lo conocía personalmente, así que la llamada le resultaba intrigante. En sus quehaceres investigadores, o en su faceta de conferenciante, se había desplazado a La Palma en más de una ocasión, pero casi todo su trato, a nivel de instituciones públicas, se había concentrado en el Cabildo Insular.

—Hola.

—Verá, señor León. Supongo que le va a extrañar mi propuesta. Sabe usted que la Bajada de La Virgen está a la vuelta de la esquina. Pues bien...

—¿La Bajada...? ¿La de El Hierro? ¿Cuándo es? —preguntó Isidro, confuso, tratando de buscar alguna idea asociativa entre el alcalde de la capital palmera y alguna fiesta patronal en Canarias.

El profesor ignoraba cuándo sería la próxima Bajada de la Virgen de Los Reyes, en la isla de El Hierro; su comentario había sido espontáneo. Sí que tenía claro una cosa: el señor Castro no podía estarse refiriendo a la Virgen de las Nieves.

—¿El Hierro? No... Quizá no me haya entendido. Soy el alcalde de Santa Cruz de La Palma. Hablo de nuestra Bajada, señor León. La de los palmeros.

—Ya, pero... creí haberle entendido que estaba a la vuelta de la esquina, y quedan más de tres años.

—Claro, tiene razón. Está más próxima en el tiempo la anterior, la de 2010, pero ese es el pasado. Mi afirmación se debe a que, los que trabajamos en organizar una celebración de este tipo, no empezamos a hacerlo un par de meses antes. Créame. Desde que terminaron las fiestas lustrales de 2010 nos pusimos a preparar las de 2015. Para el ayuntamiento, 2015 está a la vuelta de la esquina, pues el tiempo siempre acaba traicionándote por mucho que planifiques.

—Creo que le entiendo. Aquí pasa lo mismo con los carnavales, solo que... Al haber cinco años de diferencia no se me hubiera ocurrido pensar que ya... desde principios de 2012 pudieran estar...

—Sí, trabajando en ello. Y por eso le llamo. Voy a ir directamente al grano, no quiero entretenerle con más preámbulos. Seguro que está usted muy ocupado y tendrá prisa por continuar con su trabajo.

—Bueno, un poco sí —exageró Isidro, pensando en el café, y haciendo un gesto a Gustavo y Jorge para que fueran bajando a la cafetería.

—Quiero que componga para nosotros la melodía de la Danza de los Enanos.

Dentro de su cabeza, el estupor inicial se transformó en conflicto. Si había escuchado bien, y, salvo que hubiese perdido la razón, había escuchado bien, hoy era el día de San Disparate. O de la cámara oculta. En los segundos iniciales de bloqueo no fue capaz de encontrar un pequeño atisbo de racionalidad en lo que estaba viviendo. Después se le ocurrió la única posibilidad que podría aportar algo de sentido y lógica a la conversación. El error.

—Señor... —alargó, tratando de que su memoria le escupiera el apellido.

—Castro —socorrió el alcalde.

—Sí, perdón. Señor Castro. Me temo que alguien le ha informado mal. Creo que se han confundido de persona. Yo soy profesor universitario de Estadística. No soy músico.

—Lo sé. Sé quién es usted. Además, conozco a su familia. Aquí nos conocemos todos.

—Entonces... ¿por qué me ha pedido que componga la Danza de los Enanos? Además, esa polka ya está compuesta, siempre es la misma. ¿Vais a cambiarla?

—No, me refiero a la melodía previa, la que cantan antes de la transformación.

La Danza de los Enanos es el plato fuerte de las Fiestas Lustrales de Santa Cruz de La Palma (Bajada de la Virgen de las Nieves). La graciosa danza viene interpretándose desde el siglo diecinueve. Un total de veinticuatro hombres escenifican a unos personajes (frailes, peregrinos, dominicos, astrónomos...) a la vez que entonan una melodía, una polka lenta, actualmente estructurada con siete estrofas y un estribillo. Cuando termina la canción, los danzantes entran en una caseta donde se transforman en unos curiosos enanos que destacan por su vestimenta decimonónica y por su gigantesco sombrero acampanado. El efecto visual es sorprendente, pues realmente da la impresión de que los actores han menguado en tamaño. Así es como, finalmente, salen de nuevo a escena para bailar al ritmo de otra polka (la misma pegadiza melodía desde 1925, compuesta por Domingo Santos Rodríguez), cuya interpretación, cada vez más rápida, origina una graciosa y divertida danza que descarga en los corazones del público para generar una explosión de adrenalina colectiva. Los vibrantes espasmos de los personajillos con los últimos y más violentos compases derivan en el clímax, materializado este en el placer, el aplauso y el inconformismo de los presentes. Se acabó el espectáculo. Te quitan de la boca, antes de tragarlo, el caramelo que saboreabas.

—Sigo sin entender. Ya le he dicho que no me dedico a esto, sino a dar clases de Estadística.

—Señor León... Hemos escuchado sus melodías; esas que suenan en su web. No es el estilo de música que buscamos, pero creemos que usted, si se lo propone, podría hacer algo interesante. Su trabajo consistiría en armar letra y música de una polka. Es algo sencillo comparado con algunas de sus canciones. Además, tiene mucho tiempo por delante... bajo su punto de vista, claro está. Para el Patronato de la Bajada de la Virgen, el tiempo vuela. ¿Qué me dice?

Isidro estaba atónito. Incapaz de comprender el sorprendente ofrecimiento, siguió indagando en el mismo. Procesar el fondo del asunto para dar una respuesta al alcalde era tan secundario que le quedaba a años luz.

—Insisto. ¿Por qué yo? ¿Cómo han... dado conmigo? Quiero decir que... hay varias personas en las islas... y en La Palma, por supuesto..., mucho más preparadas para afrontar una cosa así. Es absurdo que se fijen en un aficionado.

—No se infravalore.

—Pues... De hecho, “aficionado” no es la palabra adecuada. Ni siquiera soy un aficionado a componer polkas. Yo no estoy pidiendo una oportunidad. Me parece irracional que, sin yo buscarlo ni ser experto en él, me ofrezcan un trabajo de tanta responsabilidad.

—Me alegra que piense así, señor León. Eso refuerza nuestro interés en usted.

—¿Qué? No lo pilló.

—Me refiero al hecho de que lo considere “un trabajo” de mucha “responsabilidad”. Queremos que la música de Los Enanos sea compuesta por alguien con su perfil. O sea, por usted.

Se sentía agotado. Arturo Castro no le estaba dando la respuesta. Daba igual como le formulase la pregunta; siempre se escabullía. El profesor decidió desistir y plantearse la posibilidad de que los ciudadanos de la capital palmera, incluida su hermana, se hubiesen equivocado al elegir alcalde. El señor Castro parecía más un romántico irresponsable, en busca de una dudosa solución estrambótica de impacto, que un serio gestor de los fondos municipales.

—Lo siento, señor Castro. No creo estar preparado para esto. Además, como usted ha dicho, no es mi estilo musical, lo que implica que no habrá inspiración. La inspiración es indispensable para componer. Componer algo que no va contigo, por encargo, no creo que funcione. Salvo que seas un profesional.

—Por favor, piénselo. Tómese su tiempo.

—Mi trabajo tampoco es que me deje mucho margen para estas cosas.

—¿Trabajo? ¿Qué trabajo? Nos encargaremos de todo. Hablaremos con la universidad. La idea es que pida una excedencia y pase un año, al menos, aquí, en La Palma, en contacto con el ambiente de las fiestas.

—¿Ambiente de las fiestas? —exclamó, sorprendido por tanta sandez—. ¿Qué fiestas? ¡Son en 2015!

—Vale, pues... en contacto con la Virgen de las Nieves... Con los miembros del patronato. Ya sabe. Queremos que se inspire in situ. No se puede componer la música de la Danza de los Enanos a distancia. Queremos que lo haga aquí, en su tierra. A usted le conceden la excedencia y nosotros le pagaremos su sueldo actual más el plus por estar en una isla menor. Y, por supuesto, le pagamos su trabajo para nosotros. Corremos con todos los gastos. Por favor, no me diga que no. Al menos piense en ello.

La expresión que el sector sincero de su cerebro quería escupir era “está usted loco, señor Castro”. El lado diplomático, sin embargo, se impuso para frenar su salida y su viaje (hasta la alcaldía de la capital palmera) a través del auricular.

—De acuerdo, le voy a proponer algo. Yo prometo pensarlo si usted, ahora mismo, me da una explicación coherente de por qué se han fijado en mí.

—Pues... No está previsto que le dé esa información.

—Usted mismo.

—De acuerdo, señor León. Usted gana. Pero solo le daré una respuesta. Si mi respuesta le genera nuevos interrogantes, no me los formule a mí. Busque el entorno adecuado para encontrar las respuestas. ¿Hay trato?

—Hay trato.

—Antes de responderle voy a perfilar un poco la oferta. Le voy a dar un año... ¡Fíjese bien! ¡Un año! Un año para decidirlo. No me responda que no antes de que transcurra el año. Si finalmente acepta, pasará aquí, en la isla, todo el curso 2013-2014. En verano de 2013 haría usted las maletas. Luego ya decidiría usted si necesita más tiempo, o si,

simplemente, le apetece quedarse con nosotros el curso 2014-2015 para enlazar con la Bajada de la Virgen. Si así fuere, le seguiremos pagando todo.

—Con dinero público, supongo —ironizó Isidro, dejando claro que no era su intención venderse.

—El dinero destinado a nuestras Fiestas Lustrales tiene el beneplácito de todo el pueblo palmero —sentenció Arturo.

El profesor no lo tenía tan claro, pero no pensaba seguir perdiendo el tiempo discutiendo con aquel insólito personaje. Durante la conversación, Isidro había estado curioseando datos en internet, tanto relacionados con el máximo responsable de la corporación municipal como con las propias fiestas. En una página encontró una contradicción aparente.

—Según tengo entendido, la composición de la polka sale a concurso público. ¿Me estoy perdiendo algo?

—Simplemente hemos decidido que, en esta ocasión, no sea así. Hemos pensado buscar y elegir al compositor nosotros mismos.

—¿A dedo? ¿Con el dinero de las arcas municipales? —provocó Isidro—. ¿Es legal?

—Si hay un criterio, sí que es legal. Además, no creo que nadie nos denuncie por ello.

—¿Cuál es el criterio?

—Precisamente, como usted imagina, el criterio es la respuesta a su pregunta. ¿Por qué usted? Recuerde nuestro trato. Yo le respondo y ya no podrá insistir.

—Dispare.

—Hemos decidido que la polka sea creada por alguien relacionado con Los Enanos.

—No entiendo. Yo no tengo relación alguna con...

—Buenos días, señor León.

—Entiendo, un trato es un trato. Buenos días.

Cuando terminó la conversación, el profesor se sintió noqueado por el contenido de la misma. Más que por el propio contenido, por el hecho de no entenderlo. O este alcalde estaba loco o alguien le estaba tomando el pelo a Isidro.

*

Aquella misma noche Isidro tuvo un extraño sueño. Estaba en la Facultad de Económicas dando una clase en la que explicaba las características de la campana de Gauss, forma gráfica de la distribución estadística por excelencia: la Normal. En una pizarra totalmente negra había trazado, con tiza muy blanca, la silueta, una perfecta campana que parecía hipnotizar a la audiencia. El alumnado, uno a uno, se fue acercando a la llamada de Gauss para posar mientras el alcalde de Santa Cruz de La Palma les hacía una foto. La pizarra era muy alta. Cada estudiante quedaba inmortalizado, en la cámara de Arturo Castro, justo debajo de la campana, haciendo esta las veces de sombrero.

El sueño, que comenzó como cualquier otro, como una fantasía absurda más, fue derivando en una mezcla que, poco a poco, fue enmoheciéndose en su mente, embotándola de inquietud hasta desembocar en la pesadilla.

Los jóvenes, uno a uno, foto tras foto, salían, desde la pizarra (convertida en auténtica caseta lustral), reducidos, enanos, con el sombrero acampanado puesto y con la graciosa ropa de época. Sus caras artificiales, rígidas e inmutables, con gestos de burla perpetua, miraban al profesor. Cada mirada lo atemorizaba. Cuando Arturo Castro accionó un botón, la polka de Los Enanos comenzó a sonar y ellos danzaron en corro alrededor de Isidro, quien giraba y giraba buscando salir del círculo.

Isidro quería despertar. Sabía lo que vendría a continuación. Era algo maligno, diabólico. No recordaba los detalles, pero sí la sensación que le produciría. Ya había pasado por esto. Sin poderlo evitar, de repente, se vio a sí mismo en una calle muy estrecha. Iba de la mano de un señor cuyo rostro no le resultaba familiar. Isidro no era un profesor. Era un niño. La calle era, además de estrecha, muy corta. De ambos lados surgieron los enanos, los mismos que acababan de surgir de su pizarra, en la universidad. El pánico se apoderó de Isidro. Sintió la rigidez absoluta en su cuerpo. Los enanos se abalanzaron sobre ellos, pero no se ensañaron con él. Su acompañante fue apuñalado y abandonado en el suelo. Isidro ve como se desangra. Al levantar la vista, los asesinos se habían esfumado. Al bajarla, de nuevo, hacia el moribundo, vio a la Virgen de las Nieves. Nítida. Pero la Virgen era distinta.

**

El mes de abril estaba expirando. Aquel martes encontró una inesperada sorpresa en el buzón. El profesor, como cada día, acudía a almorzar a su casa, en La Orotava. Solía almorzar con su mujer y luego regresaba a la universidad, por la tarde. Hoy, sin embargo, comería solo, pues Marlene había quedado con un amigo, que trabajaba en un conocido bufete de abogados, y con el jefe de este. Iban a negociar la posibilidad de contratarla. Era una gran oportunidad. Tras ser despedida de la inmobiliaria, por culpa de la crisis, ahora, cuando su recuperación era prácticamente total (ya ni siquiera se le notaba la cojera), parecía un milagro la simple entrevista de trabajo. Además, no era una entrevista más. Era en plena comida y con la mediación de un amigo.

—¿Antonio García? —murmuró Isidro al leer el nombre del remitente de la carta.

Su mujer regresaría, previsiblemente, a media tarde. Él llegaría de noche. Tenía clase hasta las ocho y media. Entró en casa, soltó la carta en una pequeña mesilla, cerca de la entrada, y, tras lavarse las manos, se dirigió a la cocina para recalentarse algo de lo que habían cocinado durante el fin de semana.

Antonio García. Tenía que reconocer que el doctor le causaba unos celos irracionales, aunque no exactamente por su atrevimiento, como el de la carta anterior, aquella que le había enviado a Marlene hacía unos nueve meses y en la que había rozado la grosería con sus insolentes insinuaciones. El problema, el origen de sus celos, consistía en que Marlene no lo veía igual. Su mujer justificaba y defendía cada uno de los piropos que le regalaba su héroe. El profesor, si bien enfurecido interiormente, consideraba que no tenía derecho a enfadarse; también él estaba de acuerdo en que el doctor era Superman. Eso sí, solo a nivel profesional. Marlene le debía la vida.

Antes de marcharse de nuevo al trabajo, el profesor se topó con el sobre, que descansaba en el lugar donde lo había depositado para que le arrancase a Marlene, cuando regresase, una desproporcionada sonrisa. Sin saber por qué lo hacía, lo cogió y lo acercó a su nariz, como pretendiendo detectar algún aroma delatador de alguna complicidad

oculta. A través del sobre le pareció distinguir, en el interior, los trazos de un corazón, pero podía ser su enfermiza obsesión la que hacía esos trazos.

Isidro nunca se había enfundado el disfraz de celoso. No era, precisamente, un traje hecho para él... hasta su conversación con Laure. La francesa, haciendo de médium intermediaria, le había traducido un mensaje que Salka le regalaba desde la tumba: Marlene y Mauro.

El hecho de que el engaño se hubiese producido durante los primeros años de convivencia implicaba una parte mala y una menos mala. La mala consistía en que, al parecer, Marlene no se había conformado con su marido, al menos a nivel sexual. Practicar sexo con un tercero al comienzo de una relación implica no apostar por esa relación; salvo que fuese sexo consentido por su pareja, y no era el caso. La parte menos mala era que, en aquella época, Mauro no era un cabrón. O tal vez sí, pero aún no había violado a Salka.

Solo habían hablado una vez del tema. Fue estando ella en el hospital, unos días después de hablar con Laure. Al principio, el profesor tenía dudas de tratar un asunto tan espinoso en unos momentos tan duros, pero el descubrimiento de Fiona, la hija de Salka, le abrió la mente. Fiona fue decisiva para que entendiese la vida de una forma totalmente diferente así como para valorar las cosas en su justa medida, por comparación. En la escala de gravedades, los cuernos de Marlene no estaban en ningún *top ten*. Por eso, Isidro le confesó a su mujer que sabía lo que había hecho con Mauro, estando ellos casados, en Arona. Le dejó claro que era el pasado y ya no importaba, por lo que no pensaba echárselo en cara ni volver a hablar del asunto, salvo que ella lo desease. Marlene quedó impactada, triste e impotente, pero no pronunció palabra alguna. Nunca más.

*

Esa misma noche, durante la cena, Isidro esperaba el momento en el que su mujer le hablase de Antonio García. Es lo más normal cuando no se tiene nada que ocultar. Dado que los minutos pasaban y ella no sacaba el tema, optó por ser él quien lo pusiese sobre la mesa, a modo de postre.

—¿Viste la carta? —preguntó con fingida indiferencia.

—¿Qué carta?

—La de Antonio García.

—No sé de qué carta hablas. Yo no he recibido ninguna carta de Antonio desde el verano.

—¡Vaya! El verano. Veo que te acuerdas exactamente cuándo te escribió.

—Pues...

—Vamos, Marlene, te dejé su carta sobre la mesa de la entrada. ¿Qué cuenta el médico?

—Yo no... Supongo que seguirá sobre la mesa. No la he abierto. Ni me he fijado.

Isidro siguió comiendo en silencio. Cuando terminó, de camino a la cocina, echó un vistazo a la mesita de la entrada, pero no había ninguna carta en ella.

**

Siempre ocurre lo mismo. El final del curso académico, tras ansiarse durante todo el año mientras él se burla (dando la sensación de que nunca llegará), irrumpe torpe y defectuoso. Los finales de curso son finales atípicos. Para el alumnado implican una auténtica putada, una cruel concentración de exámenes en unos pocos días, reparto diseñado por los torturadores académicos de turno. Este es solo un aspecto más de la estafa que, en ocasiones, planea sobre la enseñanza universitaria. A veces da la impresión de que el sistema consiste en un alumnado masoquista que paga a un profesor sádico para que lo putee. Pero la culpa no es solo de aquellos dos o tres profesores que aprovechan las aulas para dejar fluir sus fantasías y desarrollar sus perversiones. La culpa es del estudiante por permitirlo, por no denunciar. “*Muchacho, ¿para qué crees que le pagan a Ramón Márquez, inspector de la Universidad de La Laguna?*”.

También el final de curso es un tramo de camino pedregoso para el profesor. Las actividades finales no siguen el ritmo habitual que las del resto del año; son renqueantes, unas veces sometidas a acelerones y otras bruscamente frenadas. Es una rutina, pero una rutina caótica. En definitiva, los meses de mayo, junio y julio suelen rociar de tensión los pasillos, aulas y despachos universitarios.

Para Isidro, sin embargo, el final del curso 2011-2012 fue diferente a los anteriores. Cuando existe una buena sintonía entre dos partes se acaban recogiendo los frutos en el momento de la despedida. Isidro, tras la pesadilla vivida durante el primer cuatrimestre del curso anterior, encaró con decisión, ilusión, tolerancia extrema y sentido común a sus nuevas promociones de alumnos. Ellos recibieron los hechizos del “profesor poeta”, quien convirtió la Estadística en caramelo, y, en reciprocidad, le regalaron un curso de fantasía; y una camisa.

—Profesor, como delegada, hablo en nombre de la clase. Queremos agradecerle su paciencia, su cercanía y todo lo que se ha preocupado por nosotros —expuso Alicia.

Isidro se sintió culpable. No con ellos, por supuesto. Sentía que, quizá, les había fallado a los cursos anteriores, a aquellos que no conocieron al nuevo Isidro y que, por tanto, no tenían nada que agradecerle. Por eso, curiosamente, se sentía contento y triste a la vez. 2011-2012, definitivamente, era el año de la redención.

—Yo... no creo que merezca... nada. Solo cumplo con mi trabajo.

—No, usted se ha portado muy bien con nosotros.

—Tal vez me esté redimiendo. Nunca me habían hecho un regalo colectivo, es... —comentó, pero un nudo en la garganta le impidió terminar la frase.

—¡Vamos, ábralo! —alentó uno de los alumnos que le rodeaban.

Isidro, tal vez para justificar su posible falta de empatía en el pasado, se esforzó por reinterpretar la puesta en escena. Si su alumnado le hacía un regalo, esto no significaba necesariamente que él hubiese sido peor profesor en cursos anteriores. Podría significar (¿por qué no?)... ¡que este grupo de estudiantes fuese más estupendo que los anteriores!

—¡De acuerdo, vamos allá! —expresó, embargado por la emoción.

La camiseta negra con letras color fuego, de entrada, le causó extrañeza por inesperada. Lo ortodoxo sería una caja de bombones, un bolígrafo o un ramo de flores; o una sola flor en una maceta.

“*SONRÍE, RISA Y ASÍ RETRATARTE, RISA Y ASÍ REÍRNOS*”

La serigrafía, desde luego, le hizo sonreír, quizá por contagio del propio mensaje. Para rematar la sorpresa y la originalidad, la delegada explicó la magia.

—La frase es un palíndromo, profesor.

Isidro sabía lo que significaba esa palabra. Hacía unas semanas, tal vez dos meses, dentro de su voluntario y particular programa de “Estadística Magnética”, había utilizado unos ejemplos de frases reversibles.

Ojo, caí de maldad, la MEDIA cojo

A esa, dómala, la MODA sea

MEDIANA, ídem

La campaña del profesor (la Estadística Magnética) consistía en tratar de atraer, paralelamente a las clases, el interés de su audiencia hacia los complicados y abstractos conceptos que explicaba. Para ello, nada mejor que utilizar el juego, el ingenio o la metáfora, tratando de innovar continuamente a lo largo del curso. Eso sí, esta metodología tan personal era un secreto (a voces, pero secreto) entre sus alumnos y él. Cuanto menos ruido saliese del aula, cuanta menos información llegase a los siniestros oídos de los censores, mucho mejor.

Los censores universitarios, para el profesor de Estadística, eran todos aquellos extraños individuos con la capacidad suficiente como para marcar la ruta, frenar una idea o exigir una de sus ocurrencias a todo el profesorado. Por ejemplo, ¿por qué tenían que dictarle los porcentajes de ponderación en el sistema de evaluación? ¿Por qué el examen final tenía que significar un sesenta por ciento y la mal llamada “evaluación continua” un cuarenta por ciento? Y esto, igual para todos, a pesar de que la asignatura de Isidro no tenía nada que ver con Inglés ni con Derecho. Alguien, sin embargo, tuvo un antojo que obligaba a encorsetar las ponderaciones por igual. Lo peor de todo era que, el curso anterior, las reglas del juego eran otras; y el curso siguiente, el 2012-2013, como ya se sabía (pues las Guías Docentes estaban en proceso de elaboración), volverían a cambiar. Los censores. Coordinadores de Grado, equipos directivos y educativos, agencias de acreditación, psicólogos, pedagogos, chupatintas, fundamentalistas de las competencias... Torturadores.

Isidro León, por rechazo al sistema, se había convertido en el monstruo al que él mismo criticaba: un profesor más que intenta ir por libre, pero disimulando, nadando en el lugar donde cada docente trata de desarrollar sus propias perversiones. “*Mi perversión es positiva, pero perversión, al fin y al cabo*”. Si Ramón Márquez, el inspector, descubriese a Isidro escribiendo palíndromos en la pizarra, en horas de clase, sería imprevisible saber cómo podría reaccionar. Quizá le aplaudiría; quizá lo sancionarían. Es imposible saberlo de antemano.

Se fijó detenidamente en la frase insertada en la camiseta. Efectivamente, se podía leer igual al derecho que al revés. Se trataba de un palíndromo. El profesor sonrió ampliamente a sus chicos. No lo había hecho mal del todo, sus métodos habían calado en ellos.

S O N R I E R I S A Y A S I R E T R A T A R T E R I S A Y A S I R E I R N O S

—¿Qué le parece, profe? —preguntó la delegada, ansiosa.

—Pues... que la evaluación de las competencias es un tema de puro sentido común.

Nadie entendió lo que el profesor quería decir, pero no importaba. Mejor así. Tener que marcar un valor numérico en cada casilla de una planilla para ir evaluando aspectos a un nivel de desagregación extremo y sangrante (otra de las ocurrencias del torturador)... Puntuando así, al final, a Alicia (por ejemplo), la nota media puede que le salga un “seis coma ocho” o un “siete coma uno”; pero el sentido común de Isidro le puso, directa y globalmente, un siete. Los profesores puristas y tecnócratas, aquellos que se entretienen resolviendo el crucigrama de las competencias, habrán perdido el tiempo y buena parte de su salud mental. El regalo, la camisa palindrómica, le ha dado la razón. Ahora ha contraído una deuda con sus chicos. Ya se le ocurrirá cómo, pero piensa pagarla.

Presente de subjuntivo (curso 2012-2013): El Conflicto

*Guarda sentimientos en el fondo de un cajón
Se adaptó a los tiempos igual que un camaleón
Pero tras el iris de sus ojos cansados
Flota la silueta de un amor
Y esa es su razón para vivir*

Isla de Tenerife

El curso 2012-2013 comenzó amenazante. Ambos lo sabían. La relación de pareja no pasaba por su mejor momento. De hecho, tras la paradójica muerte de los gemelos (paradójica por haber muerto antes de nacer), habían surcado períodos de desesperación, odio, reproche, esperanza, desconfianza, tranquilidad... Pero la guerra fría latía de fondo. Siempre. Ahora, de todas las etiquetas que venían definiendo gélidamente la convivencia, una de ellas se había impuesto a las demás para hacerse con el mando: la desconfianza.

Los dos aspectos amplificadores les estaban anunciando y recordando a gritos que tenían una conversación pendiente. Esos dos aspectos invadían con maldad para forzar dicha conversación dentro del peor recipiente posible: el ambiente hostil.

El primer frente abierto, la invitación del alcalde, hubiera sido fácilmente salvable si hubiese atacado solo, pero la segunda amenaza, los celos, tenía la suficiente contundencia como para hacer mutar el expansivo virus que asolaba los frágiles cimientos de la relación.

Isidro casi había logrado olvidarse de Arturo Castro... hasta que volvió a recibir nuevas llamadas. El alcalde, respetando el pacto a su manera, no había vuelto a telefonarle. Habían acordado que fuese el profesor quien, en caso de aceptar, le llamase a él. O eso... o esperar el plazo convenido para dar una respuesta definitiva. Sin embargo, el rey del ajedrez de las Fiestas Lustrales había utilizado a toda su artillería y, con una agresividad sutilmente creciente, lo sometía a jaque tras jaque.

Primero fue el personal administrativo del ayuntamiento. Le pidieron al profesor todo tipo de datos personales para tenerlos previamente informatizados. “*En caso de que usted*

acepte la propuesta tendremos mucho trabajo adelantado”. La presión la iban aplicando de manera gradual. El concejal de Fiestas llegó a sugerirle que sería conveniente una respuesta anticipada para poder incluir su participación en las notas de prensa y en las crónicas previas de la Bajada de la Virgen. “*Pero no se sienta usted presionado, ¿eh?*”. Isidro era incapaz de entender esas prisas a más de tres años vista. También fue telefoneado por otras autoridades locales, como el presidente del Cabildo Insular (con quien Isidro tenía una fluida relación, casi de amistad), que le expresó su “alegría por haber sido elegido para componer la música de la Danza de los Enanos”. Isidro intentó hacerle ver que él no había aceptado ni pensaba hacerlo. El presidente no le tomó en serio. ¿Qué pintaba el Cabildo en esta guerra? Estaba claro. El ayuntamiento, tras amenazar con los alfiles, utilizaba a la reina, un personaje muy cercano al profesor para que la presión resultase asfixiante.

La gota que colmó el vaso, lo que, en un momento dado, le hizo replantearse la remotísima posibilidad de aceptar (al menos la de pensar en ello y discutirlo con Marlene), fue la propuesta oficial, por escrito, que, en forma de contrato, recibió por correo. La remuneración económica no tenía nada que ver con lo que le había prometido Arturo. Le estaban ofreciendo un sueldo indecente; muchísimo dinero. No era un regateo, él no había decidido, ni exigido, ni pedido, ni amenazado. Era una oferta irrechazable, un “quiero que compongas tú, sí o sí”.

—¿Por qué? ¿Por qué tanto interés? —se preguntó, atónito, con el contrato en mano.

Cuando Arturo, el año anterior, le hizo la propuesta, Isidro le había contado a su mujer el contenido de la extraña conversación. No habían vuelto a sacar el tema, pues ambos sabían que no era un buen momento para que el profesor pidiese una excedencia sin otro motivo que el capricho de un alcalde. Como él mismo decía, componer una polka no le reportaría placer. Podría tomárselo como unas vacaciones pagadas, pero Marlene estaba inmersa en la búsqueda de empleo. Empleo que, finalmente, había conseguido en el bufete de su amigo. Punto final. Isidro no puede irse un año a La Palma sin ella. Pero... Pero la tentadora oferta de noviembre de 2012 convirtió el punto final en punto y seguido.

—¿Sabes de cuánto dinero estamos hablando, Marlene?

—Supongo que no estarás planteándote en serio irte a La Palma, ¿verdad?

—Pues... Claro que no. Solo digo que... es muchísimo dinero.

Marlene se detuvo y se sentó en uno de los tentadores bancos del Parque García Sanabria. Habían almorzado juntos en un restaurante de la capital tinerfeña, no muy lejos del trabajo de Marlene. En la zona existían establecimientos aún más cercanos al bufete, incluso con mejor comida y mejores precios, pero la elección final era una especie de excusa que ambos justificaban para regalarse un agradable (a priori) paseo por el parque. Ahora, de regreso al despacho de abogados (donde el profesor había dejado su coche), la actitud de Marlene indicaba una pretensión de alargar la charla.

—¿Qué haces? ¿No llegas tarde?

—No, Isidro. Tengo media hora. ¿Sabías que los bancos son los objetos más bellos de un parque?

—¿Los bancos? No creo que un banco sea un bello objeto, Marlene —respondió él mientras se sentaba a su lado.

—Sí, tal vez no los más bellos, pero sí los más codiciados. Nadie presta atención a los bancos de los parques; nadie habla de ellos. Solo nos fijamos en las flores, los animales, las fuentes... Pero ¿qué sería un parque si no tuvieses un banco para sentarte?

La aparente conversación que había iniciado su mujer era una simple introducción a una posible discusión. De hecho, los bancos del parque ni siquiera eran una metáfora de lo que vendría a continuación, eso seguro. Marlene no utilizaba metáforas, solía ser muy directa. Sí que solía, sin embargo, cargar la escopeta (para después disparar) con una conversación insustancial. Eran comentarios que parecían no venir a cuento y que, al principio de la relación, descolocaban al profesor, pero que luego, a medida que fue conociendo a Marlene, lo alertaban. Isidro trató de arrancar de raíz la supuesta discusión antes de que saliera a la superficie.

—Cariño, puedes estar tranquila. No tengo intención de componer esa música. Si piensas que estoy buscando tu apoyo o... un consejo tuyo para que aproveche una oportunidad única, no es eso lo que pretendo. Solo lo comento porque nosotros nos lo contamos todo.

Tenía la mano dentro del bolso agarrando la foto. Aunque dudaba, había decidido ponérsela delante de los ojos para ver su reacción, pero el contundente comentario de su marido (“No tengo intención de componer esa música”) la frenó. Sin embargo, la última frase lo cambió todo. Era una provocación en toda regla. Marlene extrajo la fotografía.

—¿Nos lo contamos todo, Isidro? ¿Estás seguro?

—¿Qué insinúas?

Lo pensó mejor. No era el momento. Él se escudaría en cualquier excusa y la avalaría con su propia negativa a viajar a La Palma. Así que, antes de que la viera, volvió a guardar la prueba en su bolso. Tendría que esperar.

—¿Qué es eso, Marlene?

—Una prórroga, Isidro. Me voy a trabajar —dijo, rociándolo de intriga y negándole una explicación.

*

El 23 de diciembre, segundo aniversario, se había convertido en una fecha maldita. El día en que Marlene fue atropellada por tercera vez (tras el atropello real, en 2010, el jodido calendario le recordaba la pesadilla) estalló la guerra. Pero antes, desde mediados de noviembre, Isidro fue descubriendo el campo de minas.

La segunda pista se había hecho esperar. Habían pasado varios meses desde la carta fantasma del doctor Antonio García. Una mañana de noviembre, cuando se disponía a salir de casa, encontró un papel doblado junto a la entrada. Su mujer, quien se iba a trabajar antes que él, tenía la costumbre de dejar, mientras desayunaba, su maletín, abierto, junto a la puerta. El papel, seguramente, se le habría caído. Lo recogió y leyó la única anotación que contenía.

Facebook, revisar. Ant.

Las alarmas se dispararon, pero no las de los celos (no aún), sino las de la curiosidad. Marlene no usaba el Facebook. De hecho, no sabía usarlo... o eso decía. No porque fuese torpe, que no lo era, sino porque nunca le había interesado. Lo consideraba una pérdida

de tiempo y no le encontraba utilidad. Tenía un perfil que el propio Isidro le había hecho tras el accidente, cuando volvió a casa, con el fin de buscarle entretenimiento para sus excesivas horas de descanso forzoso, pero a ella no le llamó la atención. Prefería leer y ver la tele.

La curiosidad. El profesor entró en el muro de Marlene. Descubrió algunas cosas sorprendentes. Por ejemplo, tenía algunas amistades nuevas, posteriores a las solicitadas por él mismo cuando se sentó con ella para intentar engancharla, al abrirla la cuenta. Además, aunque no sabía qué era, estaba convencido de que el muro era diferente. Daba la impresión de que Marlene ocultaba cosas; podía intuirse que había información con pinta de no estar compartida con cualquiera. Quizá era una obsesión suya, pero el muro sonaba a engaño. Dudaba, no sabía si escudriñar un poco para cerciorarse... Entonces lo vio. Antonio García.

El doctor no aparecía en la lista de amigos de Marlene. No porque no estuviera allí, sí que estaba, pero oculto. Isidro no tenía permiso para verlo. Pero sí que vio una publicación suya en el propio muro de su mujer, un breve comentario del médico dándole una instrucción: “Mira en el chat privado”.

Isidro no quiso darle la importancia sugerida por su instinto primitivo. Marlene tenía derecho a tener agregado a Antonio García, faltaría más. De hecho, sería ilógico no tenerlo. También tenía derecho a hablar con él a través del chat, faltaría más. Y sus conversaciones privadas eran suyas. Faltaría más. Pero...

—¿Por qué dices que no usas Facebook?

Al cabo de unos días, el profesor volvió al ataque. En esa ocasión estaba dispuesto a dar un paso más. En el ordenador de su casa abrió un fichero de Word llamado “códigos”. El archivo en cuestión era, textualmente, su memoria artificial. Era el lugar donde guardaba, anotados, los diferentes códigos, claves y contraseñas de diferentes lugares web (amén de otros datos personales, básicamente numéricos, como números del DNI de ambos, número de cuentas bancarias, número de la seguridad social...). Si no recordaba mal, allí tenía anotada la contraseña de Facebook de Marlene. En efecto, estaba y coincidía, como creía recordar, con una combinación de la fecha de su cumpleaños y su nombre, *mar10806*. Si sus escrúpulos se lo permitían, estaba dispuesto a atentar contra su propia defensa del derecho a la intimidad. Y lo intentó, pero no pudo. Aunque... no por culpa de sus escrúpulos.

23 de diciembre, segundo aniversario. Estalla la guerra en la cocina, tras la cena. Puede que el responsable haya sido el azar por haber elegido esa fecha.

—No sabía que usabas Facebook, cariño.

—¿Facebook? ¿De qué hablas? Sabes que no uso Facebook.

—Pues... ¿por qué has cambiado la contraseña?

—¿Cómo? —preguntó Marlene—. ¿Has intentado acceder a mi perfil?

—Vaya, sabes más de lo que sugieres. ¡Sabes lo que es un perfil! Y...

—El que no use Facebook no significa que sea una ignorante, Isidro.

—Vale, lo siento. Solo digo que..., por supuesto, tienes derecho a cambiar la contraseña. Es tu muro. No lo critico, solo que... Me extrañó.

—Escucha, yo no he cambiado ninguna contraseña. Y no tengo tiempo para las redes sociales, ya lo sabes. Si no puedes entrar será porque no recuerdas la contraseña. ¿Qué pretendías tú? ¿Escribir cosas haciéndote pasar por mí? ¡Es broma!

—No, curioseaba. Pensaba que no habías vuelto a entrar, pero...

—¿Pero? —se impacientó.

—¿Recuerdas que te di un papel que se te había caído? Fue hace unos días, ponía...

—Sí, me acuerdo. Me dijiste que se había caído de mi maletín. Supongo que era alguna hoja en sucio, para borradores, porque estaba escrita por una cara.

—Ya, y ¿qué ponía?

—¿Qué ponía? ¿Se te va la cabeza o qué? No me acuerdo, no creo haberme fijado. ¿Es importante?

Isidro respiró hondo dos veces. La teoría no escrita instaba a hacerlo en tres ocasiones. Pero una tercera respiración equivalía (según esa teoría) a morderse la lengua, y él no tenía intención de seguir alargando su angustia.

—Has contactado con él, ¿verdad?

—¿Con él?

—Con Antonio García. No me parece mal, Marlene, solo que... ¿Por qué lo ocultas? Sé que recibiste una carta suya y que lo tienes agregado en Facebook.

—¡Ya basta! —gritó.

El profesor se sintió confuso. Ella, lejos de ruborizarse, lanzaba un contraataque ofensivo.

—¿Por qué reaccionas así?

—Tus celos son absurdos y disparatados. Me recuerdas al Isidro del hospital..., el que se negaba a hablar con aquel psiquiatra... ¿Cómo se llamaba? ¿Brouwer? Se negaba a hablar con Brouwer, pero lo necesitaba.

—No lo necesitaba, Marlene, y ahora tampoco. No puedes negar la evidencia. Admiras a ese doctor García como si fuese tu héroe.

Marlene estalló. Su impaciencia llegó al tope.

—¿Sabes por culpa de quién conocí a Antonio? ¿Por qué sacas este tema, justo hoy?

—¿Justo hoy? ¿Qué tiene hoy de especial?

—Para ti, al parecer, nada. Hoy hace dos años que me atropellaron y perdí a mis hijos... por culpa de tu puto empeño en resolver un crucigrama.

No lo recordaba. En efecto, hoy era 23 de diciembre, la fecha fatídica. Quizá fuese su propio subconsciente el que se negaba a recordar la putada. Por supuesto que Marlene tenía razón, era una falta de tacto ponerse a discutir justo hoy. Aunque, claro, también estaba siendo injusta con él. Tendría que haber dicho “perdí a NUESTROS hijos”. Además, volver a culparle de lo ocurrido, dos años después, no tenía sentido. Creía que las culpas habían quedado marcadas en los violadores de Salka. Si Marlene le guardase rencor, un mínimo sentimiento de rechazo, tendrían que haberse separado hacía dos años. A Isidro no le cabía en la cabeza que ella siguiese con él si lo consideraba responsable de su suerte y la de los gemelos. ¡Sería abominable!

—¿Por qué estás aquí si crees que soy responsable del accidente, Marlene?

—¿Accidente? ¡Joder! Aquí... ¿Qué quieres decir con que estoy aquí? ¿Quieres que me marche de mi casa?

—No, aquí... Me refiero a... Conmigo. No le veo sentido. Además, parece que te estás escabullendo. ¿A qué viene ahora recordar todo ese dolor? Estamos hablando de Antonio García.

—¿Pretendes torturarme? Yo te diré por qué tiene que ver el dolor con todo esto. Hoy es un día de dolor. Tú has escogido este día para plantear una historia fantasma que has inventado. Y, cómo no, metes en la historia a Antonio, quien, por supuesto, está muy relacionado con el dolor. Él me ha quitado el dolor. ¡No sé si tú puedes decir lo mismo!

—Tú ganas, Marlene. Hoy no es el día. He elegido un mal momento. Pero creía que, entre nosotros, no había secretos.

Marlene fue a la habitación con mucho ímpetu. Tenía pinta de locomotora, como si llevara una tracción que impediría detenerla por mucho que todos los vagones tirasen de ella hacia atrás. Isidro creyó, erróneamente, que los reproches habían llegado a su fin por hoy. Ella regresó. Regresó con la foto que guardaba en su bolso, esperando el momento oportuno, tras decidir identificar ese momento oportuno con el 23 de diciembre. Fue una reacción impulsiva, pero la fecha la había seleccionado su marido; no ella.

—¿Puedes explicar esto? —acuchilló, mostrándole a Inma sentada a su lado en un restaurante de Los Llanos de Aridane, en enero de 2011.

—¿De dónde ha salido esa foto, Marlene? —balbuceó, perplejo.

Ella la soltó en la mesa de la cocina, junto a él, y le dio la espalda, alejándose.

—¡Fui a La Palma para demostrarte que no estaba loco! ¡Fui a por una carta de Salka que tenía Ángela, la madre de Mauro! —gritó.

—Y, de paso, invitaste a cenar a tu ex novia para recordar viejos tiempos mientras yo me hundía en la cama del hospital —contestó Marlene, girándose—. ¡Ahora sí que me alegro de que mi hermano te diera aquel puñetazo en el ojo antes de marcharte a verla!

—Me invitó ella. Yo... no tendría que haber aceptado —se excusó, agachando la cabeza—. Me arrepiento.

—¿Te arrepientes? ¿Sabes lo que estás diciendo? Eso significa que... ¡estás reconociendo que te la tiraste! —pronunció con dureza.

—No he dicho eso. Pero lo hubiera tenido fácil si hubiera querido. Ella me lo propuso.

—¡Joder! Me gustaría... —dijo, casi temblando, entre lágrimas—. Me gustaría... que te fueras, Isidro. Tu cinismo... Cuando aseguras que entre nosotros no hay secretos me confirmas que tu amor es una estafa.

—Yo no he hecho nada. Pero no sé si Antonio García y tú...

—Se acabó.

—¿Qué me dices de lo tuyo con Mauro, Marlene? —se atrevió a decir cuando ella se marchaba.

A partir del 23 de diciembre, Isidro durmió en el cuarto de invitados.

*

La primera mitad del año 2013 fue un auténtico calvario para ambos. Apenas se dirigían la palabra salvo para lo indispensable. Los dos sabían que tenían que solucionar la ridícula e inmadura situación. También sabían que el único camino consistía en romper. La ruptura ya era un hecho, pero faltaba la confirmación verbal, el sello oral de una de las partes. El problema era que ninguno se atrevía a dar ese paso. Esperaban a que fuese el contrincante quien lo hiciese, tal vez para no tener remordimientos. Además, llegado el momento de las recriminaciones (y ninguno se consideraba lo suficientemente inteligente como para descartar ese momento), achacarían a su oponente la definitiva ruptura.

Así que faltaba algo. Una chispa definitiva que detonase la frágil línea que aún los unía. Se habían mentido, estaba claro, pero necesitaban una prueba más contundente para alejarse definitivamente.

En uno de los escasos días de comunicación más o menos fluida (comunicación siempre centrada en una discusión tipo réplica), Isidro logró arrancarle a su mujer el origen de la fotografía. Al parecer, estando él en la península, en unas jornadas de trabajo, recibió una carta sin remitente (supuestamente de Inma) procedente de La Palma. Según Marlene, y había que concederle el beneficio de la duda, la solapa estaba despegada. La había abierto por curiosidad (hecho que, al ella admitirlo, Isidro aprovechó como arma), y solo tenía una foto. En el dorso de la misma había una inscripción: “14 enero 2011. Noche inolvidable”.

En marzo tomó la decisión. En aquellos momentos, prácticamente no se hablaba con su mujer. La petición de amistad por Facebook era toda una prueba de que ella le había mentido. De no ser así, ¿a qué venía la oportuna aparición en escena de Antonio García?

—¿Quieres que te agregue, doctor? ¿A qué juegas?

La conversación a través del chat le dejó perplejo y tocado de muerte. Se confirmaban sus peores presagios. García le confesaba su amor por Marlene. García le confesaba estar en contacto con Marlene. García le confesaba el amor de Marlene hacia él. Y, lo que era peor, García le ofreció pruebas.

Según interpretaba el médico desde Sudamérica, el profesor se tomaba a broma la supuesta relación de Marlene con él. Isidro era incapaz de entenderlo. Parecía como si le llegasen las noticias distorsionadas por la distancia física. Pero las redes sociales están, precisamente, para compensar ese efecto de lejanía con el efecto de inmediatez. Isidro nunca se había tomado en broma esa supuesta relación. De hecho, ni siquiera estaba seguro de que existiese. Hasta ahora.

Las pruebas aparecieron cuando Isidro las solicitó, aunque no tuvo que insistir mucho. Antonio García le envió pantallazos del chat privado, concretamente de las conversaciones íntimas con Marlene. Allí estaba su foto, su perfil. ¡Era ella! En las conversaciones nombraban a Isidro, por supuesto. A Marlene, al parecer, le daba mucha pena dejarlo. No sabía cómo hacerlo. En un momento desesperado le pedía a Antonio que hablase con Isidro y le demostrase que la relación iba en serio. Su mujer tampoco era sincera con el médico, pues le había hecho creer (de ahí su confusión) que había intentado romper con Isidro, pero él no la tomaba en serio. ¡García pensaba que Isidro estaba al tanto!

—¡Marlene...! ¡Marlene! —lloró, impotente—. ¡Putas! ¡Mil veces putas!

La prueba definitiva lo destrozó. En el chat, ella le pedía a Antonio contundencia. “Habla con Isidro, por favor. Yo no puedo hacerlo. Envíale la foto”.

Antonio García le envió la foto, una foto que recogía la imagen de Marlene, desnuda, sonriente, mirándose en el espejo de su habitación. Una foto que Marlene le había enviado al doctor (también probado con otro pantallazo) para deleite de este. Una historia que llevaba meses caminando.

La decisión. Descolgó el teléfono y llamó a Arturo Castro. Durante el curso 2013-2014 viviría en la isla de La Palma.

*

En abril tuvieron una escueta conversación; la última. Convinieron en que, una vez tomada la decisión (Isidro) de marcharse a La Palma, aguantarían juntos, en la misma casa, hasta que llegase ese momento. A partir de ahí ya no volverían a convivir. Cuando el profesor regresase a Tenerife se plantearían la venta de la vivienda o un acuerdo para que uno de ellos se la quedara. La estocada de Isidro, cuando le comunicó a su mujer, sin más explicaciones, que se marchaba, fue hiriente. Aunque, seguramente, Antonio García la tendría al tanto, Marlene no llegó a oír, en boca de su marido, una sola queja por su descubrimiento: el haber sido virtualmente corneado.

*

Llegó mayo, el preámbulo de la despedida. No de su mujer, ya se habían dicho todo lo que tenían pendiente... y más. Quería despedirse de sus chicos de segundo curso del Grado en Turismo y hacerles un regalo. Se los debía. Le hubiera gustado hacerlo con más tiempo, prepararlo con más antelación, pero sus vaivenes matrimoniales habían cortocircuitado su vida, petándola de conflictos emocionales. Ahora era el momento del renacer. Marlene era casi el pasado. Al menos así lo sería en poco más de tres meses, cuando él aterrizase en Santa Cruz de La Palma.

Para corresponder al alumnado era necesario recolocar los sentimientos. La inspiración que necesitaba no podía encontrarse en un ambiente de dolor precisamente. Aunque no era un momento feliz en su vida, se concentraría en encontrar un punto de equilibrio. Así que, como era imposible transmitirles alegría, les regalaría nostalgia. Además, igual que ocurría con la polka, la canción alegre tampoco era su estilo. La nostalgia se le daba mejor.

El regalo. ¿Qué mejor obsequio, para aquellos estudiantes que, el año anterior, le regalaron un palíndromo embutido dentro de una camisa, que algo germinado en su propio corazón? Su corazón está sintonizado con su hobby, la composición musical.

Entre mayo y junio les compuso la canción que hablaba de ellos, “Nostalgia”.

*Irrumpía ilusiones, ocho de la mañana
Una manada de gente revienta la calma
Calzoncillos incómodos bajo la espalda
Las braguitas de puzle dominando en Guajara
Avellana en los labios y un perfume manzana
Pirulís coca-cola, pica-pica en tus ganas
Aguaceros de azúcar flirteando en las aulas
Cuchicheos de almíbar aliñando la estancia
Descubriste la vida en esa amiga chiflada*

*La pareja invisible intercambia miradas
Una historia de amores doliendo en tu alma
Perturbados recuerdos de una noche azulada
Un examen de llanto, un cuestionario canalla
Y un docente amargado especialista en putadas
Un bolígrafo fresa punteando semanas
Oro en el calendario al repetir chuletadas
En la fiesta te luces, ¡de repente una extraña!
La sonrisa de piña, el corazón te acorrala
Diez millones de anécdotas a carcajadas
La patética historia de tu puta resaca
Un chupito de intriga, un montadito de infamia
Traicioneras o amigas por insignificancias
Los apuntes se aburren, la libreta en pijama
Bostezando a tu chica frases inacabadas
Gominolas afines en un piso pirata
Compartiendo la vida disfrazada de tarta
La tormenta alimenta los deseos de gata
O ilusiones de un tigre esperando la magia
Y al hablar el silencio de la madrugada
Acribilla inspirando tu verso escarlata
Un amago arco iris respirando en tu almohada
Sobornando a tu sombra para entrar en tu alma
Mermelada de arándanos, chicles de fresa
Fantasías de azúcar y un montón de cerveza
Visitante invisible de una oscura taberna
Te pateas la noche buscando respuestas*